

Perfecto para ti



Elisabet Arranz



Perfecto para ti



Elisabet Arranz



Perfecto para ti

Elisabet Arranz

© ElisabetArranz, [Julio de 2016]

ISBN-13: [160-62-382-0434-1]

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Advertencia: El contenido de este libro es ficción y cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

*A mis dos chicas preferidas: Marta y Alejandra.
Gracias a ellas nació esta historia que tanto nos unió.
Os quiero.*

El principio de todo

Las puertas del gran hotel se abren mientras que un montón de flashes y gritos inundan el hall. Los chicos de la Boy band "Four" han llegado. Lo que significa que me tocará lidiar durante toda su estancia aquí con cientos de chicas locas y obsesas queriéndose colar en el hotel. Me esperan un unos días súper divertidos...

—Vengan por aquí —les indicó con el dedo, haciendo una señal para que me sigan.

Por cierto, soy la sobrina y ayudante del director, y por su culpa me hallo en esta situación. Ha tenido que salir urgentemente de viaje y como siempre, me deja al cargo de todo.

—¡¡Podemos llegar solitos a la habitación sin niñera!! —grita uno de ellos.

No se cómo se llaman, así que los diferenciaré por motes que me he inventado sobre la marcha. Concretamente el que dice que se conoce el hotel es "el melenas". Lo miro con mala cara, a propósito, para que se dé cuenta. Y no tiene otra cosa que hacer que: guiñarme un ojo.

—Mi obligación es mostraros el camino —le espeto, malhumorada. Los demás se limitan a asentir y a reírse por lo bajo.

Vuelvo a mirarlo para ver si está haciendo cualquier tontería, me lanza una sonrisa de medio lado y se disculpa.

Así me gusta. Mansito.

Sigo caminando por el pasillo hasta el ascensor y les indicó que entren, luego entro yo. Tengo que asegurarme de que llegan sanos y salvos a sus respectivas habitaciones. Como son cuatro; comparten habitación por parejas, aunque de todas formas las dos se comunican entre sí. Son órdenes expresas que nos ha dado su representante. Les gusta estar juntitos al parecer. En el ascensor todos permanecemos callados. Yo más bien aguantando la respiración. Me están matando con sus colonias...todas diferentes. Pero lo que me está matando de verdad, es la camisa que lleva "el melenas". Eso es una aberración para los ojos. Camisa amarilla con pajaritos negros, triángulos, círculos y para rematar: flores de colores. ¿Enserio? ¿Todo eso se puede llevar en una misma prenda de vestir? Dios, me está haciendo daño a la vista con solo contemplarla. Decido bajar la mirada, ¿y con que me topo? Con unos pantalones de pitillo negro más ceñidos que los míos, pero madre mía como le sientan los pantalones. Tengo que admitir que el tipo tiene estilo. Estoy embobada con sus botas, ajadas y viejas, pero que con todo el conjunto combinan a la perfección.

Sigo mirando hacia abajo cuando noto en mi nuca un leve cosquilleo. Levanto la cabeza como un resorte, pillándolo en el momento en el que se dispone a soplarme de nuevo.

—¿Se puede saber qué haces? —le inquiero con mi mirada más furibunda.

—¿Yo?, nada —comenta, encogiéndose de hombros con las manos en la espalda.

Miro a mi alrededor y veo como los demás miran hacia arriba simulando que no han visto nada. Pongo los ojos en blanco, resoplo, y pienso que esta semana se me va a hacer de lo más larga.

Les muestro la habitación que les corresponde a cada pareja. El melenas y el perilla se quedan con la primera. El morritos y el rubio teñido con la segunda. Los dejo instalados y luego me alejo por el pasillo haciendo el menor ruido posible con mis tacones cuando siento unos pasos detrás de mí. Freno en seco, me giro, y me estampo contra el pecho de El melenas. ¿Porque lo sé? Porque un pajarito de su camisa se queda grabado en mi retina.

—¿Necesitas algo? —comienzo a decir cuando él me interrumpe, apartándose un mechón de pelo que se me ha pegado al gloss de labios.

Doy un paso atrás cuando siento sus dedos en mi cara, y no sé porque, me ruborizo. Sus dedos son suaves y su tacto se me torna ¿agradable? Joder, ¿qué cojones me pasa?

—No nos han traído las maletas y... necesito un par de cosas.

—¿Que necesitas? —pregunto ofuscada, más que nada porque hace que me ruborice todo el tiempo.

—Un cargador para mi móvil y champú.

El cargador de móvil puedo comprenderlo, pero ¿champú?

—En el aseo de la habitación hay champú —le informo.

Entrelaza sus manos a la espalda y se deja caer en un pie y luego en el otro, mirando al suelo.

—Necesito champú de chica y acondicionador.

No me lo puedo creer. ¿Champú de chica? Levanto la mirada, que se me había quedado fija en su camisa de nuevo, y le miro el pelo. Lo tiene ondulado, brillante, largo hasta los hombros y un poquito más. Tiene pinta de ser suave y casi me da por tocárselo, pero me contengo.

—Ven conmigo —le pido dándome la vuelta, dirigiéndome al montacargas en vez de al ascensor.

El montacargas nos lleva a la sección de personal. El ascensor solo es para la sección de clientes.

Pulso el botón de llamada, esperamos unos segundos a que llegue, y cuando lo hace el me abre la puerta como todo un caballero. Cree que así va a ablandarme. En el montacargas permanecemos callados. Él no se corta ni un poquito y me mira directamente a los ojos. Me quedó mirándolo yo también, como si me hipnotizaran. Sus ojos verdes y profundos calan en los míos, hasta que no puedo aguantarle la mirada y la deslizo hasta su torso. Lleva la camisa desabrochada hasta que casi puedo verle el ombligo. Dos golondrinas se asoman por las solapas de la camisa chinesca, y unas cadenas con cruces me saludan. Definitivamente este chico tiene estilo propio. Se lleva la mano derecha hasta su pelo y se lo aparta de una forma tan erótica que me marea. Es un niño, joder, pero tiene algo que me deja alelada. Me fijo en todos sus movimientos. Su forma de apartarse el pelo, como se mueve y como torna su boca en un amago de sonrisa masticando chicle.

—¿Dónde me llevas? —me pregunta, sacándome de mis ensoñaciones.

—Eh...a mi habitación —le suelto sin pensar en el doble sentido de esa frase.

—¿Ya quieres llevarme a la cama? —Se ríe y vuelve a apartarse el pelo de esa forma tan especial.

—No —le espeto—. Voy a darte champú de chica, para tu melena. —La palabra *chica* la recalco un poco más que las otras.

Llegamos a mi habitación y le digo que se espere afuera. Entro a por el champú y le pregunto desde lejos la marca de su teléfono.

—iPhone —me susurra en el oído, consiguiendo que me sobresalte.

—Te dije que esperaras. No puedes estar aquí —le digo apartándolo, poniéndole la mano en el pecho.

Pone las manos en alto y se ríe como un niño travieso mirando mi mano.

—¿Porque no puedo estar aquí? —pregunta apretando su pecho contra mi mano, consiguiendo arrinconarme entre la pared y la puerta del baño.

—Está prohibido que los clientes estén en las habitaciones de empleados —le informo.

No sé porque, pero su cercanía se me antoja placentera. Me da tranquilidad a la vez que me acelera el corazón. Cuando menos me lo espero, coloca sus dos manos a ambos lados de mi cabeza y las apoya contra la pared. Solo unos centímetros separan su boca de la mía. La respiración se me acelera y se acopla con la suya. Me sonrío de forma maliciosa y seguidamente se muerde el labio de la forma más sensual que he visto nunca. Mis ojos resiguen el contorno de sus labios para luego fijarse en el filo de sus dientes hincados en

su labio inferior.

—¿Y si yo no fuera un cliente?—recita un poco más pegado a mi cara.

Puedo oler su colonia y su aliento dulce. ¿Fresa? Mis cavilaciones me distraen por un momento, lo que hace que baje la guardia y en un segundo tenga sus labios pegados a los míos. Suaves, deliciosos y calmados. Me besa sin que yo pueda hacer nada. Primero me mordisquea los labios con pequeños bocados, para luego pasar su lengua sobre ellos. Jadeo sin control, sin apenas darme cuenta. Intento apartarlo, pero lo que consigo es que se pegue aún más. Sus manos bajan y se posan en mi cintura, acariciándome por debajo de la ropa. Me aprieta con sus manos llenas de anillos, me la masajea y luego pega su cadera contra mi vientre. Se pone de puntillas subiendo sus caderas, rozándose más con un pequeño empujón. No puedo moverme, pero... ¿en realidad quiero hacerlo? Puedo sentir su virilidad pegada a mi vientre, cortándome el aliento, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca.

—Tienes que irte —le digo con su boca aún pegada a la mía.

—No me apetece —responde bajando sus labios por mi cuello.

—No podemos hacer esto, no puedo hacerlo yo, en realidad —inquiero, derritiéndome por dentro.

—¿Porque no? —insiste.

—Eres un cliente, soy mayor que tú y ¿qué cojones? no te conozco de nada —le espeto, apartándolo de mí.

—Para lo que quiero hacerte no me hace falta tener más años que tú y tampoco me hace falta tu carnet de identidad.

—Pues creo que a mi si me haría falta el tuyo, bebé.

—Me acabas de llamar ¿bebé? —suelta una risotada, pasándose las manos por su largo cabello y vuelve a encararse a mí.

—Creo que sí. ¿He dicho alguna mentira? —finjo arrepentirme con una mano tapándome la boca.

—¿Quieres que te demuestre que sabe hacer este “bebé”?

Me coge ambas mejillas con sus manos y me atrae a su boca, para devorarme la mía sin derecho a réplica.

Con su lengua recorre mi boca hábilmente, rozando con ella todos los rincones posibles, arrancándome gemidos incontrolados cuando me falta el aire.

—Si puedo hacerte esto en la boca —gime sin dejar de besarme—, imagina que puedo hacer en otro lugar de tu cuerpo.

Sonríe con mi labio inferior atrapado entre sus dientes, lamiéndome luego el

mismo.

Me centro por un momento en lo que está pasando y reacciono. ¿Qué diablos hago yo consintiendo que un niño de veintidós años me toque?

—Vete de mi habitación, por favor —le pido, apartándolo de nuevo.

—Lo siento —se disculpa, dándose media vuelta, algo confundido.

—Toma —le digo tendiéndole el cargador y el champú contra el pecho.

—Gracias —dice cogiéndome de las manos lo que le tiendo.

Se pasa la mano por el pelo, nervioso, y se marcha. Cuándo ya se ha ido, me tumbo en la cama y me cubro la cara con mis manos. Jamás me había pasado algo parecido desde que trabajo aquí y menos con un veinteañero. Yo tampoco es que sea un vejestorio, tengo treinta años, aunque siempre he aparentado menos. Pero joder, como me ha puesto el niño.

Unos toquecitos en la puerta me sobresaltan.

—El montacargas no funciona sin llave. —Oigo que dice, asomando la cabeza por la puerta.

Sonrío sin que me vea y me levanto de la cama. Esta vez no ha entrado sin permiso. Chico listo. Me dirijo hasta el montacargas e introduzco mi llave para que acuda. Mientras, el espera paciente a mi lado, mirándome de reojo de vez en cuando.

—Tranquilo. Puedes respirar —le digo, aguantando la risa.

Me mira con sus intensos ojos verdes, agacha la cabeza y vuelve a disculparse, para luego levantar la mirada con una sonrisa que me desarma. No me había fijado en la preciosa sonrisa que tiene (bueno... sí lo había hecho) y en como los ojos se le achinan al reírse. El sonido del montacargas hace que aparte mi mirada de sus hoyuelos y sin pensármelo dos veces lo empujo dentro del montacargas y me lanzo a sus labios.

—¿Y esto? —pregunta sin apartar su boca de la mía.

—Cállate —le exijo.

Sus manos han recorrido mi cuerpo a su antojo, me ha tirado del pelo suavemente y me ha besado sin aliento, hasta que el montacargas llega a su destino. Me arrepiento fervientemente de lo que ha sucedido, aunque sólo fuera un simple beso. Un beso cargado de deseo y locura.

Unas horas después estoy en recepción, esperando a que los clientes de honor bajen y tomen su limusina, la cual los conducirá hasta el lugar del concierto. No quiero cruzarme con su mirada, ni que vuelva a tocarme. Me avergüenza sentir que no tengo autocontrol cuando lo tengo cerca, cuando sus

manos rozan las mías.

—¡Señorita, Owen!—me llaman desde las escaleras.

Es el representante del grupo, que me llama a grito pelado con su inconfundible acento americano.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Smith?

—Necesito que alguien de confianza, y que sea de la ciudad, acompañe a mis chicos esta noche.

—¿Porque motivo, señor? —pregunto educadamente, arqueando una ceja.

—He comido algo que me ha sentado mal, señorita Owen. No creo que sea prudente estar con mis chicos esta noche. Además, no conozco la ciudad.

No tengo a nadie disponible para ello en este momento, así que no me quedará más remedio que ser yo quien los acompañe.

—No se preocupe, señor Smith. Yo misma iré con ellos.

—Se lo agradezco muchísimo. Dejaremos buena propina en el hotel.

—No es necesario, señor. Lo hago con gusto —miento.

Mientras que lo veo alejarse escaleras arriba, me pregunto porque no ha cogido el ascensor. Me encojo de hombros y me dirijo a mi habitación a cambiarme. No creo que sea adecuado ir con el uniforme del hotel a un concierto, donde millones de chicas querrán tocar, manosear o lo que les salga a estos chicos. Necesito ir cómoda por lo que pueda surgir.

Delante del armario elijo mi atuendo: pantalón pitillo negro, botines Mustang negros sin tacón y mi chaqueta de cuero roja. Antes muerta que sencilla. Rabillos pin up, labios rojos y coleta de caballo completan mi atuendo. Lista y preparada para una noche adolescente. ¿Y quién me iba a decir a mí, que con 30 años, iría a un concierto de los Four? Llego a la conclusión que ni la mejor bruja del mundo lo hubiera adivinado.

En el hall del hotel los espero apoyada en la puerta, de espaldas al ascensor. Cuando escucho la campanita que anuncia la llegada de este mismo, pongo los ojos en blanco.

—Allá vamos — me digo a mi misma con un bufido. Me giro y me encuentro con las miradas expectantes de " mis chicos" como los llama su representante, por esta noche.

—¿Preparados? —pregunto fingiendo entusiasmo, frotándome las manos.

—Y nuestro representante, ¿no viene?—pregunta "el rubio teñido", mirando a sus compañeros.

—Está indispuerto, así que esta noche soy vuestra chica —confieso divertida.

—¿Nuestra? —pregunta "el melenas", sarcástico.

Le lanzo una mirada furibunda para luego decidir que esta noche me relajaré un poco e intentaré pasármelo bien. Hace como mil años que no salgo de marcha...y menos a un concierto.

En la limusina, los chicos hablan y ríen, haciéndose bromas los unos a los otros. Son unos críos y se nota. Los observo desde mi asiento y me río con sus ocurrencias.

—¡Señorita, aún no nos ha dicho cuál es su nombre! —me grita "el melenas", guiñándome un ojo.

—Yo tampoco se los vuestros —contesto tranquilamente.

Todos ríen sorprendidos.

—¿No te sabes nuestros nombres? —pregunta el de la perilla.

—No —niego con la cabeza.

—Yo soy, Lewis —contesta "el perillas". Se acerca a mí dándome un beso.

—Yo soy Nill —se presenta el rubio—. Y este es Leny —dice señalando al de los morritos gordos. Y me besan igual que Lewis.

El melenas se acerca a mí despacio, me mira cómplice y me sonrío, enseñándome sus bonitos dientes.

—Yo soy Harry, encantado. —Se agacha, me toma de la mano y tira suavemente, acercándose peligrosamente a él. Por el rabillo del ojo veo como los demás nos miran intrigados.

—Yo soy, Lara, encantada. —Le sonrío e intento deshacerme de su agarre tragando saliva con dificultad.

Me sujeta la mano con firmeza, se acerca un poco más y me planta un suave beso en la comisura de los labios, para luego susurrarme:

—Ha sido un placer, lo de esta tarde—específica—. ¿Cuándo repetimos? —termina de decir, dándome un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja.

Me separo al instante y el muy cabrón se echa a reír. Me pongo tan colorada que siento como si las mejillas fueran a explotarme. Los demás apartan la mirada. Me da la impresión que todos saben lo que pasa o por lo menos se lo imaginan. El ambiente de la limusina ha cambiado y todos se acercan a mí, preguntando cosas de la ciudad y que donde pueden ir a pasar el rato sin que nadie les moleste. Harry solo me mira y me sonrío pícaro. Decido que los

llevaré a un garito que poca gente conoce. Allí echaran un rato divertido y relajado sin peligro.

Ya hemos llegado a nuestro destino y todos se preparan para bajar menos Harry, que se queda el último.

—¿No bajas?—le pregunto, esperando para bajar yo detrás de ellos.

—Tu primero —me invita con un gesto de reverencia.

Asiento con la cabeza y le doy las gracias, cuando de repente, siento sus manos en mis caderas y su pecho pegado a mi espalda.

— Estoy deseando borrarle ese pintalabios de la boca —me susurra pegando su entrepierna a mi trasero.

Me apresuro a bajarme de la limusina antes de poder liarla más de lo que ya lo he hecho. Su risa me acompaña hasta que llego a la altura de los demás chicos. Todos subimos las escaleras que nos conducen hasta los camerinos del teatro dónde en unos minutos actuarán. Mi deber es mantenerlos controlados, que respeten los horarios y que todo salga como debe ser. A pesar de ser tan jóvenes me sorprende la capacidad de concentración que tienen, la seriedad y el compromiso con el que actúan. Saben cuál es su deber y lo cumplen a la perfección.

El coordinador de eventos nos avisa que ya es la hora. El cuarteto sube al escenario mientras que gritos ensordecedores los envuelven. Yo me coloco en la zona Vip, destinada al personal del equipo.

Observo todos sus movimientos desde la intimidad que me otorga la oscuridad bajo el escenario. No puedo explicar cuál es el aura que le rodea, pero derrocha simpatía y erotismo. Sus pantalones pegados a sus muslos definen una figura esbelta. Una camisa de leopardo cubre su torso fibroso y un pañuelo a conjunto recoge su pelo hacia atrás. Tiene estilo propio, no puede negarse. Miro sus movimientos cuando canta y en como golpea el suelo con la punta del zapato, marcándose el ritmo.

No suelo escuchar sus canciones, pero de vez en cuando la ponen en la radio y no hay más remedio que escucharlas. Harry no ha dejado de mirarme en todo momento, incluso se ha despistado en alguna estrofa. La última canción que eligen para cerrar el concierto es un cover de la canción “Perfect” de la boy band “One direction”. Esa si me la sé. Todos en el teatro bailan al ritmo de sus canciones, incluso yo. Hay que admitir que cantan muy bien y que sus canciones son movidas y muy buenas. Cuando es el turno de Harry para seguir la canción, ante mi estupefacción, se pone en cuclillas en la

parte del escenario donde me hallo, me insta a que me acerque, me pasa el pulgar por los labios y comienza a cantar en cuclillas sin dejar de mirarme.

*“But if you like causing trouble up in hotel rooms
And if you like having secret little rendezvous
If you like to do the things you know that we shouldn't do
Baby, I'm perfect
Baby, I'm perfect for you”*

*“Pero si te gusta causar problemas en habitaciones de hotel,
Y si te gusta tener pequeñas citas en secreto
Si te gusta hacer cosas que no deberíamos hacer
Cariño, soy perfecto.
Cariño, soy perfecto para ti.”*

El concierto ya ha acabado, los chicos están exhaustos, pero no por ello quieren irse al hotel. Me he tomado la libertad de llevármelos en mi coche al garito de un amigo, sin guardaespaldas (algo rarísimo), pero parece que confían en mí. Si no queremos llamar la atención con cuatro moles detrás de nosotros, tienen que quedarse en el hotel.

En el coche hablan animadamente mientras que yo conduzco en silencio. Pienso en la última canción del concierto y en como Harry se ha dirigido a mi mientras la cantaba. Tengo que admitir que el chico me gusta, para que negarlo, pero no es ético que esté besándome por las esquinas del hotel.

Hacía mucho tiempo que nadie me besaba así, más bien nadie me ha besado como él. Dulce, pero caliente al mismo tiempo. Pienso que es un niño, pero no actúa como tal. Su voz varonil se ha grabado en mi cabeza y sus labios en mi boca.

Se ha sentado en el asiento del copiloto y de vez en cuando me lanza miraditas que yo intento ignorar. Es un descarado y no le importa mostrarlo.

Ha intentado posar su mano sobre la mía cuando la dejaba apoyada en la palanca de cambios, a lo cual he reaccionado con suspicacia y la he apartado a tiempo.

Dejamos el coche en el garaje subterráneo del garito. Como comenté antes, poca gente sabe que existe. Entramos por la puerta trasera. Los acompaño hasta la barra y se los presento a mis amigos. Todos tienen la misma edad que yo y algunos casi ni se percatan de que el grupo Four es quien nos acompaña. Reto conseguido: tranquilidad para mis chicos.

Mi amigo Héctor se acerca a mí y me besa en las mejillas. Es gay y es un amor. No deja de mirar de arriba abajo a los chicos, mordiéndose el labio.

—¿De verdad que ninguno entiende?—me pregunta haciendo pucheros.

—Creo que no, pero nunca se sabe —le contesto encogíendome de hombros.

—¿Y ese de la camisa hortera y el pantalón ceñido tampoco? Ese que no para de mirarte...vamos.

—Puedo asegurarte que no lo es.

Mi amigo me conoce y sabe que algo pasa. Me interroga con la mirada y se tapa la boca con un gesto peliculero.

—¿Estás con él, cacho perra?

Niego con la cabeza y me río por su forma de hablar.

—¿Tienes que insultarme?

—No me has contestado, ¿te lo has follado?

—¡No, por Dios! Solo nos hemos besado. —Sonrío y me doy la vuelta para pedirme una copa.

Héctor corre detrás de mí y me agarra del brazo, impidiendo que llegue a la barra.

—Cuéntamelo todo ahora mismo —me exige, enfatizando cada una de las palabras de la frase.

—No ha pasado nada, solo nos hemos besado un par de veces.

En ese justo momento, aparece el susodicho, con su hermosa sonrisa y dos botellines de cerveza. Nos lo tiende y nos sonrío.

—Hola, soy Harry —se presenta, dirigiéndose a Héctor.

—Hola, precioso, yo soy Héctor —lo saluda con todo su desparpajo.

Harry me mira divertido y sonrío cuando en vez de estrecharle la mano le planta dos besos.

—¿Seguro que no eres gay? —le pregunta Héctor, haciendo que Harry

se descojone de la risa.

—Pregúntale a tu amiga—le contesta, mirándome intensamente con sus ojos verdes. — ¿Me la dejas un rato? —le indica, cogiéndome de la mano.

—Toda tuya, cariño. Amm, y por cierto —le susurra al oído—, ten cuidado que muerde.

Le hago una señal con las manos en forma de tijeras y le señalo sus partes blandas. ¿Será capullo?

Me conduce de la mano al exterior del recinto, llevándome al callejón de la parte trasera.

—¿Se puede saber dónde me llevas?

—A un sitio tranquilo. Quiero que hablemos.

—¿Sobre qué? —le pregunto, frenándome en seco.

—¿Prefieres que no hable? Pues no lo haré.

Me suelta la mano y en menos que canta un gallo me tiene cargada en su hombro.

—¡¿Pero qué haces, loco?! Suéltame —le exijo aporreándole la espalda.

Me suelta en el suelo, estampándome contra la pared con sus caderas.

—No hablar —contesta.

Me coge ambas mejillas y me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres? —pregunto sin apenas aliento.

—Quiero besarte, quiero tocarte sin que salgas corriendo. Te dije que quería quitarte ese pintalabios de la boca y voy a hacerlo, quieras o no —gruñe en mi cara.

Lo miro atónita. Su voz es dura, pero me derrite como una vela encendida.

—¿Y, si no quiero? —luchó contra su pecho para apártalo, pero por lo contrario, lo único que consigo es que se pegue aún más contra mí.

—Querrás —asegura.

Atrapa mis muslos con sus grandes manos y me coloca a horcajadas alrededor de su cintura. Da un suave empujón, clavándome su virilidad en mi sexo. Sus manos masajean mi trasero, mientras me da suaves estoques entre mis piernas. Puedo sentir lo duro que está, como se restriega contra mí para darse placer, y todo sin besarme. Me mira a los ojos intensamente y me sonrío con malicia, con una de esas sonrisas de medio lado en sus labios. No puedo soportar lo que me hace sentir con cada una de sus estocadas y me

lanzo a sus labios como una loca sin control.

—Te lo dije, te dije que querrías —musita en mi boca.

—Callate.

Pequeños jadeos escapan de mis labios cuando una de sus manos se adentra por debajo de mi chaqueta y me acaricia un pecho por encima del sujetador. Subo las manos hasta su pelo, masajeo su nuca y tiro suavemente de su pelo. Un gemido se escapa de su garganta, haciendo que todo mi cuerpo reaccione. Rodea mi pecho con sus manos y me lo estruja despacio, regodeándose con él, buscando mi pezón a través de la tela. No cesa en sus movimientos, consiguiendo que mis braguitas se empapen con mi excitación.

—Para, por favor —le imploro sin aliento.

No se detiene, y por más que me cueste admitirlo, yo tampoco quiero que lo haga. Me besa el cuello, los hombros... Deja un reguero de caricias por mi espalda, bajando poco a poco hasta mi trasero. Me baja en el suelo, y me sorprende por la fuerza que ha demostrado tener. A decir verdad, no soy un peso pluma y él ha aguantado como un campeón conmigo en brazos. Sus dedos llenos de anillos bajan la cremallera de mi chaqueta, dejando a relucir mi sujetador. Se sorprende al ver que solo llevo la chaqueta, sin nada debajo. No se cómo no se ha dado cuenta antes. Me sonrío pícaro y se muerde el labio, para luego poner morritos con los ojos entrecerrados. Su mano derecha sube por mi cintura, tan despacio que hace que la piel se me ponga de gallina, hasta mis pechos. Introduce el dedo en la copa y la desliza hasta abajo, dejando mi pezón a relucir.

—¿Te gusta esto?—pregunta mientras rodea mi pezón con sus dedos.

Gimo cuando lo pellizca y lo vuelve a acariciar con las yemas de sus dedos.

—Si —balbuceo, presa del placer.

Ahora desliza sus labios por el pecho, tirando hacia abajo con sus dientes la copa del pecho izquierdo, dejando los dos al descubierto para su deleite. Sin remedio, le acaricio ambas mejillas con mis manos y lo atraigo hacia mi boca. Lo beso con desenfreno, con lujuria. Su mano derecha desciende desde mis pechos hasta mi muslo, agarra la corva de mi rodilla y me la levanta, rodeándose la cintura con mi pierna. Da un fuerte empujón, clavándome su erección en mi sexo gimiendo a la vez que lo hace. Una y otra vez, consiguiendo marcar el ritmo hasta que jadeamos exhaustos por el roce de nuestros sexos a través de la ropa.

—¿Se puede saber que estáis haciendo?

Lewis se encuentra tan pegado a nosotros que casi chocamos nariz con nariz.

—¿Se puede saber que cojones haces?—le grita Harry, empujando a Luis para separarlo de nosotros para que pueda volver a subirme la cremallera de la chaqueta.

Se nota que está borracho, pero me resulta de lo más encantador con los ojitos agachados y la carita de bobo.

—Tío —balbucea—,estabamossss— recita alargando la s como una serpiente — preocupadosss —.Termina de decir atragantándose con su propia saliva.

—¿Acaso tienes que estar encima de mi todo el día? Joder, pareces mi novio.

—¿Pero que hacéis? —vuelve a repetir con una sonrisilla bobalicona.

— ¿Tu qué crees, idiota?

—¿Se le ha metido algo en el ojo? —balbucea de nuevo, riéndose.

Harry gruñe frustrado, pasándose las manos por el pelo, echándose hacia un lado.

—Joder, Lewis... ¿puedes irte?

—Pobrecillo —intervengo—, será mejor que nos vayamos.

Me termino de subir la cremallera de la chaqueta y me dirijo hasta Lewis para agarrarlo antes de que se estampe contra el suelo.

—Joder...—maldice Harry por lo bajo.

—Anda, vamos —le insto a los dos, haciendo un gesto con la cabeza.

Harry me lanza una mirada de advertencia y luego me sonrío coqueto, pasándose la lengua por los labios.

—Esta noche no cierres la puerta de tu habitación. —Me señala con un dedo y luego me da un cachetazo en el trasero.

Pongo los ojos en blanco y dejo que crea que así lo haré. No puedo arriesgarme a que nos pillen. Mi tío se pillaría un rebote de mil demonios e iría con el cuento a mi madre.

Los chicos se han pasado un poco con las copas, y a Harry y a mí nos cuesta la misma vida meterlos en el coche. Lewis está más dormido que despierto, Nill dice que el suelo se mueve y anda con los ojos cerrados, porque dice que todo le da vueltas. Mi amigo Héctor se despide de nosotros repartiendo besos a diestro y siniestro. Todo sea manosear a mis chicos.

El trayecto en coche ha sido una odisea. Varias paradas para vomitar, otras tantas para hacer pipí y la última, porque Harry estaba pegándose con Lewis

por haberle tirado del pelo. Tuve que bajarme del coche y separarlos. Los demás andaban ocupados durmiendo la mona. La verdad es que después de todo me lo estoy pasando bien. Harry parece que se ha tranquilizado después de darle una torta a Lewis. Son como dos niños. Ha pagado toda su frustración por habernos interrumpido con él. Yo sin embargo lo he agradecido. Si Lewis no hubiera aparecido no sé hasta dónde hubiéramos llegado.

Jamás había sentido la sensación de libertad como la que siento cuando estoy con este niño grande. Es un niño, pero no actúa como tal. Es serio cuando tiene que serlo y tan divertido que me entenece. Sé que he entrado en un juego en el cual puedo llegar a quemarme. A veces pienso que no está nada mal lo que estamos haciendo, pero luego pienso que se me puede ir de las manos.

Ya en el garaje del hotel, conduzco a los chicos hasta sus respectivas habitaciones por la zona de personal. No tengo ganas de recibir un sermón de Vladímir, el recepcionista. Vladímir es la mano derecha de mi tío y, su informante, por decirlo así.

—Vamos, Lewis, muévete. Ya casi estamos —le digo a Lewis, que se ha sentado en el suelo.

—Lewis, o te levantas o te torteo de nuevo —lo increpa Harry.

Los demás ya se han ido a dormir, pero Lewis se está resistiendo.

—¿Estás enfadado? —le pregunta Lewis a Harry con voz borrachuza.

—Sí, estoy enfadado. Siempre haces lo mismo, joder.

Miro a uno y a otro, y sin poderlo evitar me echo a reír.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me pregunta Harry, ofuscado con las manos en la cintura.

—De vosotros —le contesto con lágrimas en los ojos—. Parecéis una pareja de enamorados.

Harry me mira con los ojos entrecerrados y Lewis con una sonrisilla tonta tirado en el suelo.

—Venga Harry, no te enfades —balbucea Lewis.

Entre risas, al final lo levantamos entre los dos, lo metemos en la habitación y lo acostamos en la cama. Yo le quito los zapatos mientras Harry le quita la camiseta y los pantalones. Desde los pies de la cama observo como Harry lo desnuda con ternura. Es muy protector con él aunque se lleven a matar.

—Quédate un rato aquí —me pide Harry, caminando hacia mí.

—No puedo, no debo estar en las habitaciones de los clientes.

—No se enterará nadie...venga vamos.

—No puede ser, además es tarde. Mañana madrugo.

—¿Acaso me tienes miedo, Lara? —Se atusa el pelo, pegando su frente a la mía.

—No, no me asustas ni lo más mínimo. —Le sonrío, mirando fijamente sus ojos verdes.

—No lo parece...te tiembla la voz cuando me tienes cerca.

—No es cierto —niego con la cabeza, consiguiendo que su pelo caiga sobre mis mejillas.

Alargo la mano y se lo toco. Es suave y huele a mí. A mi champú. Introduzco más los dedos en su melena y le acaricié la nuca a través de su pelo. Ladea la cabeza, buscando el roce de mis manos y cierra los ojos.

—Para, si no quieres que te obligue a quedarte conmigo.

Lo miro divertida y le sonrío, mordiéndome el labio, tirando de su pelo, acercándonos un poco más. Sus manos agarran mi cintura, acercándose más si cabe a su pecho. Toca mis labios con sus dedos, para luego sustituir sus dedos por su lengua. La pasa despacio por ellos y me muerde levemente, arrancando un gemido de mi garganta.

Sus besos se me antojan más cálidos que otras veces. Puedo notar como una sonrisa corona

Su beso. Sabe lo que me hace sentir y se aprovecha. Un ápice de cordura regresa a mi mente calenturienta, haciendo que me separe de él como si me quemara. En cierto modo así lo hace. Lo deseo, deseo sus besos, sus manos en mi cuerpo. Lo deseo dentro de mí.

—¿Por qué te resistes? —gruñe.

—Porque no puede ser. No te conozco de nada, solo de unas horas. Esto no está bien. Además, eres un niño —me excuso.

—No soy ningún niño, creo que te lo he demostrado —dice enfadado.

—No puede ser...—me giro, abro la puerta y salgo corriendo por el pasillo.

Sí, estoy huyendo, y que. Huyo de él, de sus besos, de su olor. Me aterra que me guste tanto y por eso corro sin mirar atrás. Solo hace unas horas que lo conozco y ya he llegado más allá de lo que alguna vez me he permitido con alguien al que no conozco. Ha ido todo demasiado deprisa. Apenas habíamos cruzado unas palabras cuando me ha besado. Pero es que la conexión que hemos sentido ha sido grandiosa. Es cercano, simpático y

guapo a rabiar. Sus gestos, sus movimientos y su forma de tocarse el pelo me fascinan. Tiene un estilo difícil de definir, pero él lo lleva con tanto glamour que hasta duele a la vista.

Me encierro en mi habitación y echo la llave. No me fío de él. Es muy persistente y sé que podría aparecerse por aquí. Me desnudo siguiendo con mis manos el mismo camino que él ha recorrido. Sus manos expertas, a pesar de su edad, me han hecho sentir más que las de cualquier hombre que ha pasado por mi vida. Y una pregunta ronda por mi cabeza, ¿qué pasaría si tuviera unos años más? Me la contesto al segundo: exactamente lo mismo. Él tendría que marcharse, tuviera veintidós o treinta. ¿Será por eso que tengo miedo? ¿Es una excusa más para no aferrarme a alguien por miedo a sufrir? Miedo a perder de nuevo algo que me hace sentir. Miedo a enamorarme de alguien que no me corresponda y que solo juegue con mis sentimientos. ¿Y porque me pregunto esto ahora? Hace tiempo que no sentía este sentimiento de desasosiego, este miedo irrefrenable a sufrir. Me había creado una coraza con la cual protegerme de todo esto. Pero él ha llegado arrasando con ella, destruyendo en unas pocas horas lo que en cuatro años tardé en construir. Lo ha hecho con su olor, con su forma de mirarme, de tocarme y de besarme. Con el movimiento de su pelo sobre sus hombros, con su voz rasgada, con su manera de morderse el labio cuando algo le gusta, con sus ojos mirándome como si no hubiera nada más a su alrededor, y con una sonrisa que quita el hipo.

Me acuesto en la cama y abrazo a mi almohada con fuerza. Intento apartarlo de mi mente, pero no se va. El sabor de sus besos se ha quedado en mi boca y el olor de su pelo en mis manos.

El despertador suena y retumba en mi cabeza. Apenas he dormido unas cuatro horas. No debería haberme acostado tan tarde. Hoy no seré una persona normal, seré un zombi. Las sábanas se agarran a mi cuerpo para que no me levante de la cama.

Consigo apearme y arrastrarme hasta el baño, abro el grifo de agua caliente y me meto en la ducha. El agua sobre mi cuerpo me despierta. Cojo el champú, me echo un poco en las manos y comienzo a lavarme la cabeza. El olor del champú llega hasta mis fosas nasales, haciendo que mis tripas den un vuelco. Ahora yo huelo a él, más bien él huele a mí. Sonrío como una tonta, extendiendo la espuma por todo mi cuerpo. Mis pensamientos vuelan hasta el día anterior y me estremezco al recordar lo tremendamente inconsciente que he sido. ¿A quién se le ocurre ir besándose por las esquinas

con un veinteañero? A mí, sólo a mí. Maldigo entre dientes saliendo de la bañera.

Mi tío aún no ha vuelto y me toca a mí sustituirlo en varias reuniones y actos que se celebrarán en el hotel. Esta noche en concreto habrá una cena de gala en la cual me toca representar a mi tío. Estoy preparada para hacerlo. Desde pequeña me he criado en este hotel y he crecido en sus pasillos y habitaciones. Me lo conozco a la perfección. No hay rincón, hueco o escondite que no conozca.

Me dirijo hasta la cocina, donde me espera Matilda, la cocinera. Matilda es como una gallina y nosotros; todos los trabajadores del hotel, sus polluelos. Nos cuida, regaña y alimenta.

—Buenos días, cariño mío — saluda con su eterna sonrisa afable.

—Hola Mati, ¿qué tal el día?

—Pues aquí, hija, como todos los días. ¿Y tú?

—¿Yo? —río—. Intentado ser persona.

—Eso me había fijado —me dice entrecerrando los ojos, observando cada rasgo de mi cara con más atención—. Apenas has dormido, ¿verdad?

Matilda me conoce muy bien y casi siempre adivina lo que me pasa. Es como si tuviera rayos X y pudiera ver dentro de mi cabeza.

—Sólo cuatro horas...

—¿Que te preocupa, cielo? Es por tu tío, ¿demasiada responsabilidad?

—No es eso. Es que...

Dudo si contarle lo que me preocupa. No quiero hacer el problema más real al contárselo a alguien. Pero es que necesito consejo, así que lo hago.

—Creo que...—titubeo— he conocido a alguien. —pronuncio, por fin.

—¿Y qué tiene de malo eso? —pregunta, teniéndome un delicioso café.

—Es más joven que yo, es un cliente del hotel, y no se quedará. —suelto en retahíla.

—A ver...a ver, vamos por partes —me dice colocándose el delantal y arrimando su taburete al mío— ¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—¿Cuál es el problema con su edad? La edad es un número, mi vida, no marca el carácter de la persona.

—Pero es que...

—El problema es que sea un cliente del hotel. Sabes que está terminantemente prohibido interactuar más allá de lo estrictamente necesario

con ellos.

—Lo sé. —Agacho la cabeza, avergonzada.

—¿Desde cuándo lo conoces? —pregunta cogiéndome de la mano.

—Desde ayer.

—¡¿Desde ayer?! —chilla— ¿Y, ya estás así?—pregunta alterada.

—No lo conoces, Mati. Tiene una personalidad que arrasa, una forma de moverse que hipnotiza, su ropa solo le queda bien a él y una voz...—recito poniendo los ojos en blanco.

—No será...uno de esos chicos que llegaron ayer, ¿verdad?

—Sí. —Asiento, mirándome las puntas de los dedos.

—Pero mi niña... ¿sabes que como tu tío se entere...?

—Lo sé, lo sé —repito, cubriéndome la cara con las manos.

—¿Te gusta mucho, Lara? ¿Tanto como para arriesgar tú trabajo?

—No lo sé, Matilda. Ha sido todo tan extraño. Llegó con sus aires de chico travieso, con su forma de andar y con su forma de apartarse el pelo de la cara y... no sé. Luego me llamó y me pidió algunas cosas, lo llevé a mi habitación para dárselas, me pilló desprevenida y me besó.

—¿Lo llevaste a tú habitación? ¡¡Sabes que está prohibido!! ¿Acaso has perdido el sentido, Lara? Y, ¿cómo que te besó? ¡¡Será descarado!!—chilla a grito pelado, dando vueltas por la cocina.

—Shh...Calla. —le pido, sin poderlo evitar, riéndome.

Se para en seco cuándo escucha mi risa, se gira bruscamente y me mira con los ojos chiquititos.

—¿Te estás riendo, jovencita? —me increpa.

Intento dejar de reír, pero no puedo. No sé si me estoy riendo por no llorar o porque realmente estoy feliz después de tanto tiempo.

—Lo siento...—me disculpo, poniéndome la mano sobre la boca, para ahogar otra carcajada.

Miro de nuevo a Matilda, y me fijo en que está parada con las manos en la cintura, mirando fijamente detrás de mí. Me giro para saber qué es lo que ha captado su atención.

Para mi sorpresa matutina, a mi espalda se encuentra Harry. Su cara de recién levantado me da ternurita. Sus ojos y sus labios hinchados son la visión más sexy que han visto mis ojos alguna vez.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le pregunto, poniendo los brazos en jarra en mi cintura.

—Me han dicho que estarías aquí —responde inocente.

—Te voy a matar —mascullo entre dientes, agarrándole del brazo, sacándolo de la cocina.

Me giro un segundo y me disculpo con Matilda antes de salir de la cocina hasta el montacargas. Escucho la risita de Mati a mi espalda y sonrío sin quererlo. Ha dado el visto bueno.

—¿Acaso quieres que me echen? —le digo, metiendo la llave en el interruptor del habitáculo.

—No veo porque. Eres muy estricta. Relájate un poco, que siempre andas de morros.

—No quiero perder mi puesto de trabajo por una niñería.

—No creo que sea una niñería, pero bueno...sigue pensando que soy un niño. Creo que te pierdes demasiadas cosas con tu forma de pensar.

—Por ejemplo ¿qué es lo que me estoy perdiendo, si puede saberse? —lo reto con la mirada, alzando la barbilla. Y con las manos en mis caderas.

—La libertad, Lara. La libertad de poder actuar libremente sin miedo a nada, sin miedo a perder...

—Soy libre, hago lo que me da la gana. No sé qué es lo que quieres decirme —miento como una verraca.

Nunca he hecho lo que he querido sino lo que me han pedido que hiciera.

—¿Eres libre de verdad, Lara?

—Sí, lo soy —contesto contundente.

—Entonces...no pasará nada si hago esto...

Harry le da al botón de Stop, el de emergencia del montacargas. Lo miro asustada, preguntándome que va a hacer. Al final conseguirá que nos pillen. Entonces me doy cuenta de lo que quiere demostrarme.

—Harry, por favor —le pido, alargando el brazo para darle de nuevo al botón.

—Para —me exige muy serio.

Para mi sorpresa, alarga sus manos hasta mi cabeza y me quita la goma que sujeta mi cabello. Se lleva las manos hasta su pelo y se lo recoge en un moño alto. Con la cara despejada está más atractivo si cabe, pero aun parece más niño, joder. Me mira travieso, me sonrío con su pícaro sonrisa y me empuja contra la pared del ascensor con sus caderas.

—Esto es libertad —me espeta muy cerca de mi cara.

Su cuerpo se acerca al mío (mucho, joder) y su mano derecha se enrolla en mi pelo mientras que con la otra me agarra de la cintura,

pegándome a su cuerpo. Tira suavemente de mi pelo, levantándose la barbilla, dejando mi cuello expuesto a sus labios. Lo recorre con su boca de abajo arriba. Con su nariz roza mi mentón e inhala suavemente mi piel.

—Me gusta como hueles. Anoche me quedé con ganas de más, ¿sabes?

Apenas puedo hablar, la garganta se me ha sacado y solo puedo mirarlo fijamente a los ojos, esperando su próximo ¿movimiento? No entiendo que cojones está haciendo conmigo, pero creo que está consiguiendo su propósito. Como llevada por una fuerza irrefrenable me abalanzo sobre su cuello, buscando sus labios como si me fuera la vida en ello.

—Ahora si sabes lo que quiero decir, ¿verdad? —musita agarrándome por el trasero.

—Si...—jadeo.

Me agarro a su cuello, metiendo mis manos a través de su cabello. Suave, sedoso, ondulado y recogido en un puto moño de niña.

—¿Que estás haciendo conmigo? —gruño frustrada.

—Nada que no quieras que haga. Me gustas y te lo demuestro. ¿Porque no iba a hacerlo?

—Porque esto no está bien y...

—¿ Y, porque no? —susurra besándome el cuello.

—Soy mayor que tú y apenas me conoces, apenas te conozco.

—No me importa la edad que tengas. Además, no aparentas más de veinticinco.

—Tengo treinta, idiota —me quejo.

—Y qué. Mira...—me señala sus manos, que abarcan mis pechos en este momento —, están hechos para mis manos— Me vuelve a agarrar por la cintura y me aprieta contra su vientre —. Y tu cuerpo...encaja con el mío. ¿Necesitas algo más?

No puedo creer que un niño me esté dando una lección de madurez. Tengo treinta, sí, pero él ha demostrado ser más adulto que yo en todo momento. No piensa, solo actúa y se deja llevar por lo que siente. Y yo, me reprimo, me paro, pienso y luego actúo.

—Pero no te conozco. Sólo se quién eres por los medios de comunicación.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta separándose de mí, cruzando sus manos a la espalda con sus infinitas piernas abiertas al estilo vaquero.

—No sé...

—A ver, Lara. Me llamo Harry Steele. Nací el 1 de febrero de 1994, nací en el Reino Unido y me dan pánico las serpientes —confiesa.

—¿Las serpientes? En el Reino Unido no es que haya muchas. —río.

—Muy graciosa, señorita dueña del hotel.

—No soy la dueña, sólo soy la sobrina del dueño. Y me estoy arriesgando a que me ponga de patitas en la calle, por estar aquí, contigo.

—¿Y no es emocionante?

Pongo los ojos en blanco y le doy al botón para que el montacargas siga su camino.

—Ven esta noche al concierto —me pide cogiéndome de la mano.

Ya casi hemos llegado a su planta.

—No puedo. Tengo que asistir a una cena de gala en nombre de mi tío.

—Déjame verte luego, entonces.

—Lo pensaré.

—Dame una respuesta antes de irme esta noche —me pide.

Ya hemos llegado y no quiero que nadie lo vea salir. Es arriesgado.

—Te lo haré saber —le digo empujándolo hacia afuera.

Cuando casi la puerta se ha cerrado se vuelve a abrir.

—Se me olvidaba algo —me dice, atrapando mis mejillas con sus manos, dándome un beso que me deja sin aliento—. Y no te quites el vestido que te pongas.

Me guiña un ojo y luego se marcha tal y como ha entrado con una maldita sonrisa en los labios.

Una sonrisa idiota adorna mi cara. Y entonces me doy cuenta de que con tan solo unas palabras y un beso me hace sonreír.

Decido aceptar su propuesta, es más...voy a llevarlo a un lugar que apenas nadie conoce aquí en el hotel. Podremos estar tranquilos y hablar.

En una nota he escrito las instrucciones para llegar al lugar, la he metido en un sobre y se la he hecho llegar con Rita; una de las limpiadoras. La pobre ha venido toda emocionada porque Harry le ha besado la mano. A coqueto y galán no le gana nadie.

La mañana ha pasado volando y parte de la tarde también. He comido fuera del hotel, porque no me atrevo a pisar la cocina. Sé que Matilda está enfadada, porque me ha visto pasar por la puerta de la cocina y me ha dado un grito que ha puesto el hotel entero en pie. Yo por mi parte he corrido como

una posesa escaleras arriba, evitando una de sus famosas collejas.

Apenas tengo tiempo para arreglarme para la cena de gala. Es dentro de unos cuarenta minutos y aun ni me he bañado. Corro hacia el baño y me ducho lo más rápido que he hecho en toda mi vida. El botones acaba de traerme el vestido que mi tío ha decidido que debo ponerme. Es muy estricto con los protocolos de conducta y etiqueta, así que no me queda de otra que aceptar el vestido de buena gana. Esta vez, para variar, me gusta. Es un vestido con escote palabra de honor, largo con lentejuelas plateadas y una enorme raja a la altura de la pierna izquierda desde el muslo hasta los pies, seguido por una pequeña cola. Es realmente precioso y me queda de maravilla con mis tacones plateados. Como no me da tiempo a hacerme nada en el pelo, me lo recojo en una coleta de caballo y apenas me hago unas ondas en las puntas. Un poco de maquillaje y ya estoy lista para pasar una de las veladas más aburridas de toda mi vida. Me aburro muchísimo en ellas, porque lo único que tengo que hacer es estrechar manos, sonreír y dar besos a diestro y siniestro.

En el vestíbulo me espera Flor, la recepcionista del turno de noche y mi amiga.

—¡Madre mía, Lara! Esta noche te ves radiante — grita, sobresaltando a un cliente que acaba de entrar en el hotel.

—Shh. calla, que escandalosa eres.

Por fin la cena y la reunión han terminado y he podido marcharme. Las manos me tiemblan y el corazón galopa en mi pecho desbocado. Estoy nerviosa, tengo que admitirlo. Contemplo las luces de la ciudad, que iluminan mi rostro, apoyada en el borde del barandal de una pequeña azotea que se halla en una parte del hotel que no está habitada. Desde pequeña supe de su existencia y poco a poco fui haciéndola mía. Macetas con flores adornan sus paredes y una enorme enredadera cubre los barandales. El suelo está cubierto por moqueta verde que tomé prestada sin permiso. La parte techada, situada frente a la barandilla, está pintada de color blanco y rodeado de sábanas blancas a modo de cortinas; creando un pequeño espacio sencillo y acogedor, lleno de toda clase de cojines y almohadones que he ido trayendo con los años. Es mi lugar favorito en el que puedo ser yo misma y en el cual puedo alejarme del mundo para poder pensar y meditar.

Dos golpecitos en la puerta me sobresaltan. No estoy acostumbrada a que aquí venga alguien y me he asustado. Me giro y veo como Harry traspasa el umbral de la puerta, cerrándose tras de sí. Entra con una mezcla de

confusión y entusiasmo, mirando a su alrededor. Yo no puedo moverme, me tiemblan las piernas demasiado como para poder caminar. Me sonrío y se acerca a mí con las manos a su espalda.

—Hola —me saluda, poniendo su rostro frente al mío. Siento su dulce aliento en mis labios.

—Hola —susurro con un hilo de voz.

No puedo hacer más. Está demasiado guapo y demasiado cerca. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva una camisa blanca lisa abierta hasta el ombligo y unos vaqueros azules ajustados.

—No te has quitado el vestido —ronronea, mirándome fijamente.

—Me dijiste que no lo hiciera.

Hablamos bajito, no sé por qué. El ambiente se me torna íntimo y relajado. No tengo miedo a que nos pillen, aquí no sube nadie.

—Prefiero quitártelo yo —susurra, pasando sus manos por el borde de mi escote —¿Me dejarás?

—¿Desde cuándo pides permiso para hacer algo?

—En realidad...no lo hago nunca. Tomo lo que me gusta y luego pregunto.

Me pasa las manos por la cintura y me pega bruscamente contra su pecho. Su respiración se ha acelerado y su aliento choca contra mis labios. Desliza las manos por mi espalda, y tomándome por sorpresa, me baja la cremallera del vestido. Lo suelta y cae a nuestros pies, dejándome solo con el sujetador, las braguitas y los tacones. Todos los vellos del cuerpo se e ponen de punta con el contacto de sus dedos. Me agarra por la cintura y rodeo su cintura con mis piernas. Me lleva hasta los almohadones. Me dejo hacer sin remedio, me muero por que haga lo que quiera conmigo.

—Creo que has sido un poco descarado al quitarme el vestido. —refuto divertida.

—Somos adultos, ¿no?— sonrío.

—Bueno...tu. — Y dejo la frase en el aire con una sonrisa que el corresponde con los ojos en blanco.

—Tienes un cuerpo precioso, Lara —gruñe, deshaciéndose de mi sujetador.

—¿Que estás haciendo conmigo, Harry?

—Lo que llevo soñando hacerte desde que entré por las puertas de este hotel y te vi con esa cara refunfuñada. Voy a hacerte lo que ningún hombre

te ha hecho.

Sus manos recorren mis pechos, los rodea y se los lleva a la boca para chuparlos y morderlos. Contemplar su cara es un pecado divino. Alargo la mano y le acaricio el rostro, apenas cubierto por un fino vello facial. Entonces vuelvo a caer en la cuenta de que es tan joven...

—No puedo hacerlo...yo.

—Shh...No pienses, nena, deja que yo lo haga por ti. Déjame a mí.

Riega un mar de besos desde mis pechos hasta mi cintura, para luego arrodillarse ante mí. Me mira desde abajo y sonrío maliciosamente, bajándome las braguitas muy despacio.

—Umm —gruñe, acercando su nariz a mi sexo, completamente rasurado.

Me abre las piernas con los codos y pasa su nariz por mi monte de Venus, inhalando mi olor, deleitándose con él. Me besa suavemente hasta llegar al centro de mí ser. Pasea su lengua por todos los pliegues exteriores, para luego abrir la boca y abarcar todo mi sexo con sus labios. Introduce la lengua suavemente, lo más adentro que puede. Gruñe sin dejar de danzar su lengua dentro de mí, arrancándome gemidos y sensaciones que jamás nadie me había hecho sentir. Rodea con la lengua mi clítoris, presiona contra él y lo muerde con la punta de sus dientes. Me agarra por el trasero para hundir su lengua lo más profundo que puede.

—Dios, Harry...—jadeo, tirándole del pelo. Ronronea.

—¿Te gusta, Lara, te gusta lo que te hace este veinteañero? —pronuncia con los labios rosados y brillantes por mis fluidos.

—Sí —consigo decir cuando me introduce dos dedos en mi interior, haciendo círculos dentro de mí.

—Córrete en mi boca, Lara, quiero saber a qué saben tus orgasmos. —recita sacando y metiendo sus dedos en mí.

Me coge en brazos y me tumba sobre el almohadón más grande, se coloca de rodillas entre mis piernas y se lanza de nuevo a comerme. Me chupa, absorbe y lame todo lo que puede. Pero cuando agarra con sus labios mi clítoris hinchado y tira de él, algo que hacía tiempo que no sentía, vuelve a despertar en mi vientre.

—¡¡Joder, no puedo más!! —grito sin darme cuenta.

—Eso es nena, córrete en mi boca, córrete para mí.

Mete dos dedos de nuevo dentro de mí a la par que con su lengua tortura mi clítoris. Al final, después de rodearme, morderme y chuparme el clítoris me corro en su boca como jamás lo hice con nadie.

Levanta el cabeza, satisfecho, pasándose la lengua por los labios rojos y mojados.

—Ahora voy a follarte, ¿estás preparada para saber cómo folla un niño con veintidós años?

Asiento con la cabeza sin apenas fuerzas. Me doy cuenta que ni se ha quitado la camisa. Se pone de pie, sacándose la camisa sin ningún problema por la cabeza y bajándose los pantalones a la vez que el bóxer. Una enorme erección me apunta desde arriba. Vuelve a ponerse de rodillas, alarga sus manos de nuevo al pantalón y saca un paquetito plateado. Se coloca el preservativo con una precisión asombrosa y se coloca entre mis piernas. Me roza los muslos con su sexo y de nuevo estoy preparada. Se desliza por mi cuerpo sin penetrarme y me besa desesperado.

—Me muero por estar dentro de ti —gruñe en mi oído.

Su pelo me hace cosquillas en los hombros mientras me besa. Hundo mis dedos en su pelo y lo atraigo contra mí. Baja sus manos hasta su sexo, lo encara contra el mío y lo mueve arriba y abajo, acariciándome de nuevo mi sexo con la punta de su glande. Tiro de su pelo, arqueándome debajo de él, levantando mis caderas en busca de las suyas. Entonces cuando menos me lo espero se hunde en mí de una estocada. Llenándome, abarcando cada hueco libre de mí ser, de mis entrañas. Se mueve suavemente dentro y fuera. Llenándome y saciándome. Desliza su mano hasta mi pelo y me arranca la goma del pelo, para recogerse el suyo en su ya característico moño. Coloca sus manos sobre las mías y comienza a moverse despacio.

—Harry...esto es... —jadeo sin apenas aire.

—¿Parece que te gusta lo que te está haciendo el niño, no? ¿Esto te lo ha hecho algún hombre...Ehh, Lara? Puedes hablar...admite que te gusta.

—Sí, Joder, sí —grito.

—Entonces... ¿qué prefieres, un hombre entre tus piernas o un niño como yo? —jadea en mi cuello mientras aumenta el ritmo.

—A ti, maldito niño, a ti —gimo sin aliento.

Su cuerpo se mueve ágilmente sobre el mío, haciendo cosas que jamás creí que pudieran hacerse. Joder, me está follando como nadie lo ha hecho.

Un puto niño de veinte años.

—Dios, Lara, estás tan apretada —suelta, gruñendo mientras se mueve arriba y abajo.

—Hacía tiempo que yo...ya sabes, que no...

—Dilo, que no follabas. No pasa nada porque lo digas.

—Si...justo eso. —jadeo cuando me embiste.

Acelera de nuevo y mete su mano derecha entre nosotros para acariciar mi abultado clítoris. Sin dejar de mover sus dedos a su alrededor consigue que me corra a la vez que lo hace conmigo.

—Dios, Harry, eso ha sido...

—¿Bueno? —ríe.

—Si...eso —jadeo en su boca.

Descansa con la cabeza en mi pecho. Puedo notar como su corazón late contra mi cuerpo y como me olvido de todo a mí alrededor cuando estoy junto a él.

—¿Estás bien? —me pregunta, colocándose a mi lado.

Apoya su peso en el codo y me mira intrigado.

—Si —suspiro.

—¿Qué te pasa, Lara?

Sus dedos rodean mi ombligo distraídos, acariciándome de forma suave, placentera.

—Nunca había hecho algo así —confieso.

—¿Y, qué has hecho?

—Hacer el amor con alguien que apenas conozco.

—Joder, Lara, para hacer el amor con alguien no hace falta que sepas su película o su comida favorita ni que desayuna por las mañanas.

—Ya lo sé, pero entiéndeme.

—Está bien, mi comida favorita son los tacos. Mi película favorita es Love actually ¿Te sientes mejor? —me dice poniendo los ojos en blanco.

Lo miro con enfado, pero luego me echo a reír.

—Eres idiota, ¿lo sabías?

—Alguna vez que otra me lo han dicho, pero nunca una mujer. —dice colocándose su dedo índice en la barbilla, poniendo morritos adorables.

—Y, ¿eso qué significa?

—Significa que una mujer nunca me ha dicho abiertamente lo que piensa de mí. Me adoran la píldora y ya está.

—No me lo puedo creer...

—Pues créetelo. Por eso me gustas tanto, Lara. No dudas en decir lo que sientes u opinas de mí.

Me giro hacía él, apoyando mi cabeza en el codo y contemplo su rostro añorado. Es bello y todas sus facciones son perfectas. Apenas puedo resistirme y lo atraigo hacia mí, hundiendo mis dedos en su pelo, deshaciendo el moño que previamente se había recogido.

—Me gusta suelto —le digo mientras se lo acaricio.

—Joder...me encanta que hagas eso.

Tiro suavemente de él y lo beso. Acepta mi beso, tierno y relajado, paseando su lengua por mi boca a su antojo, sin prisas.

—Quédate conmigo —susurra en mi boca—. Pasa lo que queda de semana conmigo.

—No puedo...tengo que trabajar.

—Pues duerme conmigo todas las noches hasta que me vaya —me propone mirándome fijamente a los ojos.

Y no sé por qué, pero su propuesta me parece un desafío y a la vez peligrosamente atractiva.

—Estás con Lewisy yo... no puedo estar en las habitaciones de los clientes.

—Lewis se irá con Nill y Leny. No tiene por qué enterarse nadie.

—Me lo pensaré.

—Si lo piensas no lo harás. Eres demasiado correcta —me espeta, apartándose de mí.

El calor de su cuerpo ha dejado al mío destemplado y un hueco que quiero que vuelva a cubrir.

—Está bien, tú ganas, niño —le sonrío—. Pero tienes que ser muy discreto... ¿entendido?

—Entendido — recita con una mano en la frente a modo de saludo militar—Y, ahora que ya sabes mi comida favorita, ¿me dejas que vuelva a hacerte el amor?

Lo miro unos segundos viendo como sus ojos se funden en mi cuerpo y como sus manos se pasean ansiosas por mi vientre.

—Sí —río con ganas.

Sin darle tiempo a él, me lanzo encima de su cuerpo y me coloco a horcajadas en su cintura.

—No sé qué haces conmigo, pero me vuelves loca, niño —le digo rozando mi sexo desnudo contra el suyo.

—Te hago sentir libertad, nena, te hago sentir libre.

Aferra sus manos a mi cintura y me desliza delante y atrás, paseando su verga a su antojo entre mis piernas. Se muerde el labio de la forma más erótica y provocadora que he visto jamás. Mi sexo lo llama a gritos y sin darme cuenta lo tengo dentro, sin preservativo, sin nada que nos separe. Joder es la irresponsabilidad más grande que he cometido en la vida.

—Ehh...para, no tomo nada —le pido sin dejar de moverme.

—Tranquila...sólo quiero sentirte. —Se mueve despacio mientras lo dice, arrancando un gemido de mi interior cuando me la saca, dejándome vacía.

Se abraza a mi cuerpo, rozándose contra mis muslos, contra mi sexo, empapándose de mi humedad. Deslizo mis caderas arriba y abajo, masajeándome yo misma el clítoris con su dura erección, consiguiendo que casi llegue al orgasmo.

—Si no paras, me correré —jadea, mordiéndome el hombro.

Quiero que se corra, que se corra debajo de mí como yo lo haré encima. Aumento mis movimientos, apretándolo contra mi sexo una y otra vez. Sus manos rodean mis nalgas y las estruja contra él hasta que su sexo se clava en el punto exacto haciendo que me corra sin control entre sus piernas, en su miembro, haciendo que él también lo haga contra mí. Su humedad contra la mía se unen en una mezcla perfecta.

—Dios, Lara, ahora... ¿qué es lo que has hecho tu conmigo? —me pregunta conmovido, con un breve atisbo de ¿miedo?

Hemos pasado toda la noche juntos, haciendo el amor y acariciándonos como animales. Jamás había experimentado lo que me ha hecho sentir Harry esta noche. Con sus manos y sus dedos ha recorrido cada palmo de mi cuerpo, cada rincón de mi interior. Con sus besos a borrado el rastro que un día dejaron otros. Es un chico tan especial que lo considero único. Su forma de moverse me tiene hechizada. Es grácil como una gacela y tan elegante en sus movimientos que me desarma. Apenas hemos mediado palabra pero siento que con el no hacen falta. Sus ojos transmiten una seguridad arrolladora que me hacen anhelar todo lo que él pueda darme.

Acaba de marcharse de mi habitación. Se ha empeñado en

acompañarme hasta aquí y me ha obligado a darle una copia de la llave de la habitación. Es tan hombre para algunas y tan niño para otras, que la combinación se me torna casi perfecta.

—Esta noche te quiero encima de mí. —Ha dejado en el aire cuando se ha despedido, dándome un cachete en el trasero.

Me he reído como una puñetera adolescente y lo he observado al marcharse por el pasillo caminando de esa manera que solo él sabe, con esos pitillos pegados al culo, y por una vez, con una camisa normal cubriendo su pecho. Su pelo le sobrepasa de los hombros e intuyo que cuanto más largo lo tenga más puede gustarme. Mis dedos ya se han enredado en sus mechones mientras sus puntas rozaban mi cara cuando lo tenía encima de mí, bombeando en mi interior. Dulce y caliente sería la forma correcta de definirlo. Y un puto crack del sexo.

Decido darme una ducha para eliminar los restos de la noche toledana que hemos pasado juntos. Su olor se ha impregnado en mi cuerpo y mis manos, que huelo antes de sentir el tórrido chorro de agua en mi dolorido cuerpo. He sido insaciable entre sus brazos y debajo de su cuerpo. Me desconozco en todo lo que he sido capaz de hacer esta noche. Mi cuerpo ha sido suyo por completo. Tiene veintidós años, pero podría decir que tiene más experiencia que ninguno de mis ex novios. Todos eran más bien paraditos y reprimidos, pero Harry es todo lo contrario: Disfruta del sexo y no tiene remilgos en jactarse cuando tiene que hacerlo o decirme que pare porque se corre. Con él he gozado más que en toda mi vida con todos mis novios juntos.

Mi tío por fin ha vuelto de su viaje spress, así que volveré a mis quehaceres diarios. Cuando mi tío está aquí dirigiendo el hotel, mi trabajo sólo se basa en supervisar que: horarios, pedidos, y demás tareas se cumplan a la perfección; o mejor dicho, como mi tío exige. Mi tío es una persona muy exigente, perfeccionista y maníaco del control. Algo que yo en parte también he heredado. Desde pequeña, él y mi madre, me instruyeron para que algún día fuera yo quien dirigiera este hotel. Algo que yo he asimilado y aceptado porque no me queda de otra. Mi padre murió cuando aún era muy pequeña, apenas me acuerdo de él, pero mi tío tomó el papel de padre en mi vida. Siempre se lo agradeceré, de eso no tengo duda, pero creo que se excedió y no me dejó tomar las riendas de mi propia vida. He intentado complacerlo de todas las maneras posibles para así agradecerle todo lo que hizo por mi madre y por mí. Aunque por ello he perdido muchas cosas en mi vida, una de ellas,

todas mis relaciones sentimentales. Nadie soportó nunca que me pasara casi las veinticuatro horas en el hotel. Vivo aquí desde siempre, nunca he tenido nada propio o casi nada. Mi rincón secreto es lo único que he tenido para mí sola en todos estos años.

No he vuelto a ver a Matilda. He intentado por todos los medios de evitarla, pero hoy me toca afrontar mi culpa y darle explicaciones. Entro en la cocina sigilosamente y la sorprendo dándole un enorme abrazo desde atrás cuando ella está distraída amasando pan. A ver si así hago que su corazoncito se ablande, aunque sé que ya lo tiene blando. Soy la niña de sus ojos.

—A ti te quería yo ver... ¡Me has estado evitando! —me reclama con voz severa.

—Lo siento, he estado ocupada —miento, poniendo mis manos a la espalda. Espera...he cogido el hábito de Harry, ¿Ya? Joder, se me suelen pegar cosas de las personas pero con el paso del tiempo, no tan pronto.

—Ya me puedes ir dando explicaciones, si no quieres que se las pida yo misma a ese... greñudo.

—Se llama Harry, Mati —le corrijo.

—Como se llame. Dime ahora mismo que está pasando, Lara. Tú no eres de las que pierden la cabeza por una tontería o una aventura de una noche.

—Pues verás... ¿puedo ser totalmente sincera contigo sin que me regañes?

—Sabes que sí, pero si te mereces un tirón de orejas, te lo daré.

Asiento con la cabeza y me dispongo a contarle todo lo sucedido.

—Me gusta mucho, Mati, aunque sé que lo nuestro no tiene ningún futuro, tanto por su edad como por su profesión.

—A ver, mi niña. Ya sabes mi opinión sobre la edad. Lo que no comparto es su estilo de vida.

—No la compartes porque no sabes lo que se cuece detrás de todo a lo que él se dedica. Son divertidos, trabajadores y tienen los pies en la tierra. Lo único que no tienen es casa fija, pero sí una familia. Ellos mismos han creado su propia familia. Los envidio —confieso.

—¿Y por qué los envidias? —me pregunta ceñuda.

—Anoche estuvimos hablando y...me preguntó que ilusiones tenía en la vida y que quería hacer más adelante.

—¿Y qué le respondiste, Lara?

—Pues lo mismo de siempre. Ya lo sabes. Le dije que tenía que

hacerme cargo del hotel cuando mi tío así lo decidiera, nada más.

—Pero eso responde solo a una de las preguntas, mi niña. Ahora te lo pregunto yo. ¿Qué ilusiones tienes, que es lo que tú quieres?

No sé si decírselo, pero mi ilusión en la vida desde pequeña fue salir de aquí, sea donde sea. Viajar. Al final decido ser sincera con ella y conmigo misma.

—Quiero salir de aquí, tener mi propia casa y vivir más allá de las paredes de este hotel. Quiero viajar, Mati.

—Mi niña, ¿sabes lo que eso significa?

—Sí...—agacho la mirada y escondo mi tez cabizbaja.

—Ese chico tiene la culpa de que estés así, ¿verdad?

—No lo sé. Lo mismo es la gotita que colmaba el vaso. El clic que me hacía falta.

La voz de mi tío nos asusta a las dos, nos miramos y nos leemos la mente. No podemos decir nada de esto delante de él. Ardería Troya y algo más.

—¿Que no sabes, Lara? —La voz de mi tío es autoritaria y casi hace que el corazón se me salga del sitio.

—Nada tío, que no sé qué comer hoy.

—¿Sólo eso? —me pregunta arqueando su ceja derecha. Un gesto característico de él cuando sabe que están mintiéndole descaradamente.

Y sin querer le digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Matilda me preguntaba por mi día libre.

Los dos me miran confundidos. Matilda porque no tiene ni idea de lo que estoy diciendo y mi tío porque sabe que nunca salgo de aquí en mi día libre, y no entiende porque Matilda me pregunta por ello.

—¿Qué pasa con tu día libre? ¿Necesitas unos días más?

Su pregunta me sorprende, pero decido aprovechar la oportunidad.

Después de mi petición, mi tío me ha dado todo lo que queda de semana libre. Lo que significa que podré pasarla con Harry tal y como él me ha pedido.

Sé que Harry aun duerme, así que aprovecho que tengo que pasar por la habitación del señor Smith, por demanda de mi tío, y me dirijo hacia la de Harry primero.

Llamo a la puerta, pero nadie responde, vuelvo a llamar cuando escucho unos pasos viniendo hacia la puerta. Es Harry, que me abre en

calzoncillos con el pelo alborotado y los ojos hinchados. Se sorprende al verme, pero automáticamente me coge por la cintura y me arrastra con él al interior de la habitación.

—Hola. —me susurra besándome en los labios.

Intento deshacerme de sus brazos, mirando a mí alrededor, buscando a Lewis con la mirada.

—¿A quién buscas? ¿No tienes bastante conmigo? —me pregunta repartiendo besos por mi escote.

—A Lewis, no quiero que nos vea.

—No está, se fue esta mañana con Nill y Leny, de compras —me dice poniendo los ojos en blanco—. Estamos solos.

Su voz invita al pecado y me invita a mí a hacer una locura, a no pensar en nada más que no sean sus labios y su cuerpo. En sus brazos y sus manos pellizcando la carne de mi cintura.

—¿Dormías? —le pregunto, pasándole los dedos por el pelo en forma de rastrillo, peinándolo un poco.

—Sí, pero prefiero hacer esto antes que dormir.

Me coge en brazos como si no pesara nada y me lleva a la cama. En mi vientre puedo sentir su, ya tardía matutina erección, así que me aprieto un poco más para hacerle saber que la estoy notando. Mira hacia abajo y me sonrío con su media sonrisa, con su sonrisa pícaro que tanto me gusta.

—¿Quieres más? A eso has venido, ¿no?

Me sonrojo y niego con la cabeza riéndome.

—Venía a comentarte que tengo el resto de la semana libre y...

No me deja acabar cuando en un segundo lo tengo a horcajadas entre mis piernas.

—Eso significa que la pasarás conmigo, ¿verdad? Me dice desde arriba con su pelo cayendo a ambos lados de su cara.

—Si tú quieres...sí.

Su pelo me roza en la cara y no puedo evitar tocárselo. Roza su nariz con la mía y me besa con premura y desesperación.

—Quédate en esta habitación, quédate conmigo todo el tiempo. No quiero perder ni un segundo sin ti. Quiero aprovechar todo lo que tienes que ofrecerme antes de que ya no pueda hacerlo.

Sus palabras entran en mi cabeza y en un segundo ya las tengo procesadas. No me promete, ni me ha prometido nada. Yo tampoco puedo hacerlo. Quiero pensar que tan solo estamos divirtiéndonos el tiempo que nos

quede juntos, pero no lo siento así. Siento algo más por este niño que ha puesto mi mundo patas arriba y que me ha hecho replantearme toda mi vida con tan solo una noche de pasión y caricias.

Nota como el semblante me ha cambiado y que de la felicidad ha pasado a la tristeza. Me mira confundido.

—¿He dicho algo que te ha molestado? —me pasa el dorso de la mano por la mejilla y me insta a que le conteste, con sus ojos verdes.

—No has dicho nada...es solo que te echaré de menos cuando ya no estés.

—Pero aún no me he ido, sigo aquí. —Me mira muy serio, escrutándome con la mirada.

Estira su mano y la posa sobre mi mejilla de nuevo, me la acaricia y pasa un dedo por el perfil de mi rostro. Me sonrío con su sonrisa más tierna y me da un beso en la frente.

—Yo también te voy a echar de menos —me susurra pegando sus labios a mi cuello.

Extiendo mis manos y se las paso por el cuello, atrayéndolo hasta mí, pegando su pecho desnudo contra el mío. Repasa mis muslos con sus manos, subiéndome la falda del uniforme hasta la cintura. Mi piel reacciona a sus caricias y un conocido cosquilleo empieza a instalarse en mi vientre. Me baja las bragas con dos dedos, deslizándolas por mis muslos hasta los tobillos. Estoy dispuesta para él y me abro de piernas esperándolo. Observo alelada como se quita los anillos plateados que adornan sus dedos, y como los suelta en la mesilla de noche. Hincó mis paletas en el labio inferior cuando veo como se introduce el dedo índice y el dedo corazón en la boca, empapándolos con su saliva, para luego conducirlos a través de mis muslos. Los introduce muy despacio dentro de mí para luego moverlos en círculos en mi interior.

—Haré que no puedas olvidarte de mí —gruñe girando los dedos.

—No podré hacerlo —le aseguro en un jadeo.

Consigo bajarle los calzoncillos torpemente, alzando mis caderas para poder sentir su completa desnudez.

—Vas rápido hoy, ¿no? Parece que el niño sabe hacértelo.

Me arranca la falda con destreza mientras que me deshago de mi camisa. Piel con piel, calor con calidez debajo de su cuerpo. Acaricio sus brazos repletos de tatuajes sin sentido, pero hermosos, para luego redefinir su espalda bajando mis manos hasta sus glúteos, clavándole las uñas dejándole claro lo que quiero. En un movimiento y sin darme cuenta soy yo la que está

a horcajadas en su cintura, sintiendo como todo el me espera con ansia. Estira la mano hasta la mesilla de noche y coge un preservativo que se apresura a colocarse con enorme destreza.

—¿Siempre preparado? —le pregunto divertida.

—Siempre. —Ríe.

Apoyo mis manos en su pecho y poco a poco voy bajando sintiendo como su erección me llena por dentro, llenando cada hueco, cada rincón de mi ser. Harry me agarra por la cintura sin dejar de mirarme a los ojos, alzando la pelvis con una enérgica acometida. Siento una leve y placentera punzada en mi vientre que arranca un gemido de mi garganta.

—Podría llevarme todo el día encima de ti —le confieso sin dejar de moverme.

—Y yo querría que lo hicieras, Lara. Eres tan... —Se muerde el labio y ahoga un gruñido—. No pares Lara, sigue.

Aumento mis movimientos, me muevo en círculos y consigo correrme de la manera más escandalosa encima de él, a la vez que él se corre dentro de mí sin apenas aliento. Apoyo las manos alrededor de su cabeza y jadeo en su boca recuperando el resuello. Atrapa mis labios con sus dientes.

—Me gustas mucho —confiesa.

—Y tú a mí, demasiado. Pero tranquilo, no hay problema —le aseguro sonriendo en su boca—. No soy una caza fortunas Harry ni quiero fama ni nada. Ni tampoco que me prometas amor eterno.

Me mira muy serio, creo que va a decirme algo pero se calla.

—¿Qué pasa, Harry?

Pasa sus manos por mis mejillas, me las atrapa y me vuelve a acercar a sus labios.

—No pensaba que lo fueses. Eres muy especial —contesta muy serio.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto con voz temblorosa.

—Lo que he dicho.

La boca se me ha secado y casi no puedo hablar.

Un ruido nos sobresalta para luego ver como la puerta de la habitación se abre poco a poco y escuchamos como Lewis habla con alguien sin abrirla del todo. Intento salir de la cama pero Harry me lo impide.

—Quédate, no pasa nada.

Niego con la cabeza envolviéndome en la sabana y me meto en el baño.

Me escondo en el baño antes de que entre Lewis. Las palabras de

Harry me han dejado descolocada. No sé qué ha querido decirme o más bien no quiero saberlo. Entre pensamiento y pensamiento pongo atención en lo que hablan los chicos fuera.

—¿Se puede saber que cojones haces así? —Oigo que le recrimina Lewis a Harry.

Le susurra algo que no llego a oír y, segundos después, escucho la puerta abrirse y luego cerrarse. Estoy sentada en el váter, con mi cuerpo cubierto por las sábanas blancas de la cama y totalmente avergonzada. Quien me iba a decir que a estas alturas de mi vida iba a estar en una habitación del hotel que me vio crecer, encerrada en el baño.

La puerta del baño se abre, apareciendo por el marco de la puerta el hombre totalmente desnudo que dejé en la cama. Se pasea desnudo delante de mí sin vergüenza ninguna, tira de la sabana que me cubre y me vuelve a dejar desnuda delante de sus ojos.

—Tienes un cuerpo precioso, Lara. No lo escondas.

Lo miro totalmente embobada. Tiene un cuerpo perfecto, musculado, pero no en exceso, y cubierto por un montón de tatuajes que adornan su piel como si de una obra de arte andante se tratara.

—Está noche tenemos concierto, ¿vendrás conmigo?

—¿Tengo otra opción?

—Umm...creo que no. —Sonríe.

Pasa las manos por mi cintura, pegándose a su cuerpo.

—Tengo que irme —le confieso, antes de que me líe otra vez—.Tengo que ver a tu representante.

Hace un mohín con la cara, me da un suave beso en los labios y se mete en la ducha. Dejándome anhelante y con cara de tonta.

—Cabemos los dos... ¿o piensas ir a ver a mi representante oliendo a mí? —Me guiña un ojo y me hace un gesto con la cabeza, invitándome al interior de la ducha.

—Eres un embaucador, ¿lo sabias?

—Soy más bien alguien muy insistente —dice ofreciéndome su mano.

Se echa gel de baño en las manos y empieza a lavarme, acariciándome la espalda

—Harry, ¿que querías decir antes?

—¿Sobre qué? —contesta distraído.

—¿Que soy para ti? —le pregunto directamente.

—No lo sé. Alguien especial, ya te lo he dicho.

Asiento y decido que no quiero darle más vueltas. Disfrutaré de lo que tenemos ahora y mañana ya se verá.

Creo que soy lo bastante mayorcita como para saber y diferenciar que clase de relación tenemos Harry y yo. Pero caigo en la cuenta de que no tenemos ninguna. Sólo follamos. Tengo que admitir que me gusta bastante, que me alegra la cara con tan solo mirarme y que me encanta estar entre sus brazos, pero nada más. Dentro de unos días se irá y toda esta locura habrá acabado, y volveré a mi rutina...aunque no me apetezca. Por eso he decidido vivir, solo estos días, tal y como me gustaría.

Aún queda una hora por delante para el concierto, así que aprovecho para pasarme a charlar un rato con Flor. Flor es mi amiga desde hace tres años. Llegó con su currículum en la mano y cara de pena. En cuanto la vi supe que era una buena persona y que seríamos amigas, así que medié para que mi tío la contratara. Es una loquilla muy lista y sé que me notará enseguida algo. Por eso me preparo para sus preguntas.

—Hola, ¿qué tal el turno?

—Hola, Larita —responde distraída.

Miro que es lo que está haciendo. Está leyendo una nota.

—¿Qué es eso, Flor?

—No lo sé. Lo he encontrado encima del mostrador de recepción.

—¿Me la pasas? —Flor me tiende la nota, extrañada.

SI LA ESCUCHAS OBTENDRÁS LA RESPUESTA QUE NECESITAS.

“BACK FOUR YOU”.

H.S

En cuanto la leo sé a quién va dirigida la nota. Saco mi móvil, abro la aplicación de YouTube y escribo el nombre de lo que sé que es una canción de los One direction. Acabo de escuchar la canción. No me da tiempo a asimilar lo que he escuchado porque las puertas del ascensor se abren y aparecen los chicos en el interior. Harry me mira a mí y seguidamente mira mis manos. Aún conservo la nota y el móvil en la otra mano. Me sonrío satisfecho, me guiña el ojo y con un gesto con la cabeza y una sonrisa a medio terminar tiende su mano hacia mí. Camino sin saber muy bien lo que estoy haciendo, sin saber quién puede estar observando, pero ahora todo me da igual. Me he convertido en una adolescente loca y Harry es el motivo de mi locura. Agarra mi mano que besa cariñosamente en los nudillos.

—¿Lista? —susurra pasándome su brazo por la cintura.

—¿Para ver como un montón de chicas locas se derriten por ti? Creo que sí.

Me sonrío radiante, enseñándome todos sus perfectos dientes blancos y a continuación posa sus labios en los míos. Y yo, tonta de mí, me olvido de todo y de todos. Somos él y yo, y nada más.

En el coche que nos lleva al estadio donde se celebrará el concierto me siento como una intrusa. Todos se comportan conmigo como si fuera una más, incluso me incluyen en sus conversaciones y me piden mi opinión. Comentan que será un gran concierto de despedida en la ciudad y que habrá que tener especial cuidado con las chicas. Hay gente muy loca, que hace verdaderas temeridades por conseguir un autógrafo o simplemente para tocar a sus ídolos. Después de este concierto estarán dos noches más en el hotel y luego partirán hacia Los Ángeles. La gira formará parte de un tour por los Estados Unidos, para luego centrarse en Europa. No se cómo aguantan el ritmo. Son como una gran familia rodante y llevan a cuesta sus propios hogares. Se tratan con cariño y familiaridad. Entonces caigo en la cuenta de que no me importaría vivir como ellos de aquí para allá sin un lugar fijo. Porque la familia no está en un lugar determinado sino en tu corazón allí donde vas. Nunca me he despegado de la mía ni del hotel y creo que eso me está pasando factura. Estoy estancada en una forma de vida impuesta. Una vida que no quiero para mí, pero que no me queda más remedio que soportar y aceptar.

El estadio está a rebosar y los chicos tienen que entrar escoltados hasta casi encima del escenario. El señor Smith y yo nos hemos colocado a los pies del escenario, en la zona Vip, que solo unas cuantas privilegiadas han tenido la suerte de conseguir pagando un precio más elevado por sus entradas. Todas gritan desgañitándose. A este paso no llegan al final del concierto sin haber perdido la voz. Algunas tiran toda clase de objetos al escenario. El que más me sorprende y me deja anonadada es: un consolador rosa que vibra en la tarima como si no hubiera un mañana.

—¿En serio han tirado eso? —le pregunto tapándome la cara con las manos.

—Ese consolador es lo más normal que han lanzado, Lara. Le han lanzado toda clase de objetos, desde preservativos hasta tangas, sujetadores y comida.

—¿Comida? —Río.

—Sí, Lara. Hamburguesas, plátanos... Recordando bien, creo que un

plátano impacto en las partes blandas de Harry. —Se echa a reír y yo lo acompaño muerta de la risa.

Yo creía que había fans locas, pero esto se queda en pañales.

Ya está todo dispuesto, los chicos colocados en el backstage y las chicas desesperadas por ver aparecer por el escenario a sus ídolos. Salen todos a la vez y un enorme griterío se acopla a mi espalda, dejándome casi sorda. Yo solo tengo ojos para Harry. Hoy no lleva una de esas extrañas camisas que suele ponerse. Hoy lleva una camisa de gasa negra abierta hasta el ombligo, dejando todo su torso tatuado al descubierto y sus característicos pantalones de pitillo negros. El negro le sienta bastante bien y deja a relucir todas las facciones de la cara y sus preciosos ojos verdes. Todos cantan coreados por todas las chicas que han asistido al concierto, incluso yo, tarareo muy bajito sus canciones. Harry no ha dejado de mirarme desde que ha salido al escenario, y no ha parado de sonreírme ni un momento. Llega el turno de cantar su parte de la canción, entonces baja la mirada y la posa en la mía, cantándola para mí, sólo para mí. Siento como si solo estuviéramos él y yo en este enorme estadio. Que no nos ve nadie. Le sonrío como una boba y el me corresponde guiñándome el ojo. Entonces noto un montón de miradas que van dirigidas a mí. No sé ni dónde meterme, así que me refugio detrás del señor Smith que me sirve de parapeto ante todas las miradas. Ha sido un insensato haciendo eso, ¿Que esperaba? ¿Que nadie se fijara en lo que hacía?

—Está perdiendo la cabeza. —Oigo que murmura el señor Smith a mi espalda.

Me vuelvo y lo miro, instándole con la mirada a que aclare eso que ha dicho.

—Lo traes loco, Lara. Jamás ha descuidado su forma de actuar en el escenario, él no puede permitirse tal metedura de pata.

Me quedo chiquitita cuando me dice eso y no sé ni que decirle, ni como excusarme. Además, ¿cómo sabe él lo que hay entre Harry y yo?

—No debí venir —le confieso.

—No pasa nada, Lara. Es normal que actúe así. Eres una chica muy bonita y tienes todo lo que el necesita.

—¿Y qué es lo que necesita, señor Smith?

—Puedes tutearme, Lara. Me llamo Taylor. Y Harry lo que necesita es todo lo que tú tienes y le puedes dar. Madurez, tranquilidad y coherencia.

—No creo que tenga mucha coherencia si estoy aquí —le rebato—. Además, creo que ha sido un error garrafal.

—No te confundas, Lara. Porque lo hayas acompañado no quiere decir que seas incoherente. Es muy normal que quieras asistir. Y no es ningún error que hayas venido. Tú le gustas y mucho, eso se nota a leguas. Desde que te vio pude verlo en sus ojos. Se le iluminaron como estrellitas e hizo el tonto, como siempre hace, para llamar tu atención ¿me equivoco?

Le sonrío y niego con la cabeza. Es verdad que hizo el tonto, pero un tonto muy gracioso.

—Suele hacerlo con todas, ¿verdad?

—No te voy a negar que es un coqueto y que le gusta tontear con todas, pero contigo ha sido diferente, Lara. Le han dado igual mis críticas y mis advertencias sobre ti.

—¿Advertencias? —pregunto confundida.

—Lara, voy a ser sincero contigo. Me ha pedido que te ofrezca un puesto de trabajo en el grupo, quiere que nos acompañes, pero conociendo a tu tío como lo conozco, sé que no te lo permitiría jamás. Además, ¿tú estarías dispuesta a hacerlo? ¿Estarías dispuesta a ser un capricho de un chico de veintidós años? ¿Estarías dispuesta a dejarlo todo?

—No lo sé —contesto confundida.

—Claro que no lo sabes, Lara. Es muy factible que no lo sepas. No es lo normal; no todo el mundo te pide que lo dejes todo sin saber si luego habrá un colchón para salvaguardarte la caída, pero él es así: arriesgado, impulsivo.

—Lo sé. —Sonrío.

—Mira, Lara. El aun no te ha dicho nada, pero yo me sentía con la obligación de preguntártelo antes. Debes saber reaccionar cuando te lo pida. Lo conozco, los conozco, y se cómo son. Sólo te diré lo mismo que te he dicho antes: es un chico de veintidós años, que actúa impulsivamente; pero también te diré que tengo que romper una lanza a su favor, jamás lo había visto como hasta ahora. Míralo, —me dice señalándolo con el brazo—, sólo tiene ojos para ti, ha desafinado, incluso se ha equivocado. Él no es así. Es muy perfeccionista y tú lo tienes desconcertado. Es muy poco tiempo para saber si realmente sois un capricho el uno para el otro, por eso eres tú la que debe meditarlo más. O te arriesgas o te sientas a esperar a que alguien se arriesgue por ti ¿Qué prefieres?

—Prefiero arriesgarme yo...pero es difícil.

—Piensa en lo que te he dicho, Lara, medítalo. Pero lo más importante, no dejes que nadie decida por ti o te ponga trabas en el camino. Y si te las

ponen, aprende a saltarlas.

—Gracias.

—No tienes que dármelas, Lara. Harry para mí es como un hijo, y lo menos que quiero es verlo sufrir y tampoco que él le haga sufrir a nadie. Tienes que poner tu ración de cordura en todo esto y todo se compensará.

Las palabras del señor Smith me han hecho pensar. Han sido un poco contradictorias, pero creo que lo ha hecho a posta. Es una decisión muy difícil para mí. Es una decisión que no puedo tomar a la ligera. Es todo una locura, pero a veces...los actos de locura son nuestros verdaderos deseos.

El concierto está a punto de acabar y los chicos se pasean por el borde del escenario para saludar a las chicas de la zona Vip. Algunas los abrazan, chillan y besan como pueden, pero hay una de ellas que ni se acerca. La pobre llora desconsoladamente, viendo como sus compañeras consiguen su sueño. Entonces Harry que se percata de la situación y se baja del escenario acercándose a la muchacha.

—¿Porque lloras? —le pregunta abrazándola.

La chica corresponde a su abrazo y casi ni puede hablar de la congoja.

—No lo sé...—responde entre hipidos.

Harry la abraza fuerte tranquilizándola o intentándolo, porque la pobre no para de llorar e hipar. Por encima del hombro de la chica me busca con la mirada hasta que me encuentra mirándolo con ternura. Me guiña el ojo y me sonrío cómplice. Es un amor de niño y lo sabe. Por eso actúa como actúa, se mueve como lo hace y le encanta saber lo que consigue con ello. Es un maldito coqueto presumido y adorable, y a mí me vuelve loca.

Estoy muy nerviosa. El señor Smith me ha pedido que no le diga nada a Harry de lo que hemos hablado. Y estoy de acuerdo.

El concierto ha llegado a su fin. Espero impaciente a que todos bajen del escenario. No sé por qué...pero me apetece abrazarlos y decirles que han hecho un buen trabajo. Estoy sentada en uno de los enormes altavoces que están situados al pie del escenario, observando como el equipo al completo está felicitándose los unos a los otros, regalándose abrazos y besos. Los miro y reconozco que me dan un poco de envidia. No son familia de sangre, pero tampoco hace falta. Dicen que la familia es la que uno mismo escoge, ¿no? Veo como Harry me busca con la mirada, me divierte ver que se pone

nervioso cuando no da conmigo. Al final me apiado de él y le hago un gesto con la mano. La cara se le relaja cuando me divisa y una enorme sonrisa de ojos achinados me saluda. Corre desde el punto donde está y llega a mí de un salto. Me abre las piernas para encajar su cintura en la mía y me abraza con fuerza, clavando su nariz en mi cuello.

—Te he echado de menos —confiesa aún en mi cuello.

—No he notado que me echaras mucho de menos abrazando a esa chica —mascullo, fingiendo enfado.

Me separa de su pecho, posando sus manos en mis hombros y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Estás celosa? —gruñe sorprendido.

Ya no puedo aguantar más la risa y me descojono en su cara.

—¿Debería hacerlo? —sigo hablando, intentándome poner sería sin éxito.

—Teniendo a semejante mujer entre mis manos...—Se pone dos dedos en la barbilla y hace como el que piensa, entrecerrando un ojo—, creo que va a ser que no. —Sonríe, pegando sus labios a los míos, delante de todos sin importarle nada.

Las mejillas se me encienden, intento despegarlo de mí, pero cuanto más lo intento, más me aprieta. Maldita manía que tiene. Al final desisto y me dejo hacer.

Todos se han marchado ya, dejándonos solos en el recinto.

—Llévame donde quieras —me pide Harry, tomándome de la mano.

—¿Dónde yo quiera? —pregunto coqueta.

—Donde quieras.

Tomo la carretera hasta llegar a la sierra de Madrid, a uno de los miradores más escondidos del lugar. Aparco el coche en una de las cunetas y subimos andando una de las escalinatas de piedra que nos lleva directa al mirador.

—¿Quieres violarme, para luego matarme y dejar mi cuerpo aquí?— me vacila haciéndose el asustado.

—A lo mejor lo primero lo cumplo...lo segundo ya veremos. —Rio dándole un azote en el trasero.

Harry pasa su brazo sobre mi hombro y caminamos agarrados como si nos conociéramos de siempre; como si fuésemos una pareja que acostumbra a pasear juntos. Pero caigo en la cuenta que no lo somos, que apenas nos conocemos. Subimos los pocos peldaños que nos separan de la cima y por fin

hemos llegado. Yo he perdido el resuello mientras que el apenas ha notado el bregue.

—Aquí es donde suelo venir cuando algo me preocupa...—apunto mientras le doy la espalda.

Ante nosotros está el mini skyline de Madrid. Las luces de Madrid resplandecen ante nuestros ojos, reflejándose en el iris verdoso de Harry, otorgándole un brillo especial. Se ha colocado a mi lado sin darme cuenta, y otea a la vez que yo el paisaje. Entrelaza sus dedos con los míos, traspasándome su calidez. Sus manos siempre están calientes y su cuerpo desprende una calidez que me abriga.

—¿Qué es lo que te preocupa? —inquire mirándome directamente a los ojos.

Su mirada me desarma y no tengo más remedio que serle sincera.

—Tu —respondo, brindándole una sonrisa a medias.

—¿Yo? —pregunta extrañado.

—Si. Tengo miedo que cuando te vayas...te eche demasiado de menos. Me mira aturdido, confuso, pero responde con determinación.

—Pues vente conmigo.

Y ahí está, lo que tanto he temido. Una proposición que me aterra y a la vez me calienta el corazón. Lo que Taylor me advirtió.

—No puedo hacerlo —respondo sin pensar.

—¿Por qué?

Le suelto la mano y me vuelvo a poner de espaldas, evitando su verde mirada, que me escruta con fervor.

—Porque mi vida está aquí. Mi trabajo, mi familia...

—Mi vida también estaba en Inglaterra, pero he elegido esta vida. Tú también puedes elegir. La vida está donde tú decidas que esté.

—No es tan fácil.

Me agarra del brazo y me da la vuelta, para clavar sus penetrantes ojos en los míos.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Harry, tu todo lo ves muy fácil, pero no es así.

—Lara, nos empeñamos en hacer las cosas difíciles, en tomar el camino largo en vez del corto, pero si tu quisieras, podría intentarse. Te voy a ser sincero —Atrapa mis mejillas con sus manos y me mira profundamente —, no te puedo prometer amor eterno, pero si puedo prometerte que haré todo lo posible porque seas feliz el tiempo que estés a mi lado.

—Me adornas los oídos —musito.

—No me hace falta adornarte nada. Sabes que no lo necesito. Me gustas, Lara, me gustas demasiado, más que cualquier mujer que he conocido. Esto me asusta, pero no por ello voy a esconderme y a poner excusas para no lanzarme al vacío. Contigo me arriesgo a enamorarme y que tú te canses de un niño de veintidós años. Me arriesgo a que esto no salga bien, hacerte daño y hacérmelo a mí mismo. Solo piénsatelo. En mi grupo tienes un hueco, un puesto de trabajo y una familia. No te puedo, por ahora, ofrecer más que lo que siento en este momento.

—¿Y si me equivoco...y si te hago daño, y si me lo haces tú a mí?

—Tendrás que arriesgarte, yo ya lo he hecho poniendo mis cartas encima de la mesa. Ahora te toca a ti mostrar las tuyas.

Me acerca aún más a su rostro, y roza su nariz con la mía, de forma tierna, dulce.

—Prométeme que te lo pensarás.

—Te lo prometo. —Sonrío.

Sus manos bajan de mi cara hasta mis hombros, para luego posarse sobre mi cintura. Me aprieta contra su cuerpo y me abraza. Me besa despacio, delicado, paseando su lengua por mi boca, insinuándose con ella.

Apenas hemos llegado a la puerta de la habitación y ya casi nos hemos desnudado. Mis manos recorren sus hombros y su espalda, buscando su suave piel. Nos besamos frenéticos, sin apenas despegar nuestros cuerpos. Prisa por degustarnos, por saborear el sabor el uno del otro. Caemos en la cama, ya desnudos, rozándonos, acariciándonos y restregando nuestros cuerpos con delirio. Nuestros cuerpos necesitan ser abrazados y besados por nuestros brazos y besos. Lo miro a los ojos y, por un instante, siento que con el nada puede salir mal. Me sonrío mientras baja sus manos por mis piernas y consigue que me derrita con sus caricias. No me gustaría que este momento se acabara nunca, y me planteo, por un momento, si haría bien en aceptar su propuesta. No estaría nada mal tenerlo todas las noches en mi cama.

Deslizo una de mis manos hacia abajo y le acaricio su enorme virilidad, arrancándole gemidos ahogados desde el fondo de su garganta. Me la llevo a la boca y la acaricio con mi lengua. Harry echa la cabeza hacia atrás y se muerde el labio con fuerza, apoyando sus manos en mi cabeza. Agarra un mechón de pelo y tira suavemente de él, a la par que deslizo mi boca arriba y abajo por toda la largura de su miembro.

—Para, para...—me pide entre jadeos.

Paro y lo miro con una sonrisa lasciva mientras paseo mi lengua por mis labios. Se lanza hasta mi boca y me besa con fuerza, como si su vida dependiera de ello. Acepto sus embates, gustosa, arrebujándome debajo de su cuerpo.

Apenas puedo controlar mis emociones con él. Tengo miedo de lo que mi cuerpo siente cuando él me toca y me besa. Temo estar enamorándome de alguien como él. No es que sea mala persona, sino que sé que con él sufriría y no sé si sería capaz de superarlo. Es tan joven... que me desarma con su carisma y su personalidad, me desconcierta.

Me subo a horcajadas a su cintura e intento ahuyentar mis pensamientos, pero parece que no lo consigo, porque Harry me mira indagando en mi mirada.

—¿Qué pasa?—inquire, controlando mis movimientos.

—Nada. —Niego con la cabeza, intentando moverme de nuevo sobre él.

—No digas nada, porque no es así, te ha cambiado el semblante, Lara.

Me desliza por su cuerpo y sale de mí suavemente; arrancándome un gemido de placer incontrolado, y se sienta en la cama frente a mí.

—Dime que pasa — reclama alarmado.

—Harry...yo. —Hago una pausa y cierro los ojos, necesito encontrar las palabras adecuadas para no confundirlo ni a él, ni a mí misma—. Hay algo en mí que me dice que me aleje de ti, que me harás daño, pero no puedo. Intenté hacerlo desde la primera vez que me besaste y me ha sido imposible. Mis labios reclaman los tuyos con una intensidad que me asusta, y que me duele. Sé que tienes que irte y aun así me estoy arriesgando a enamorarme de ti como una maldita demente. Sé que eres joven, es obvio, y también sé que no puedo pedirle amor eterno a alguien como tú y eso me mata.

—¿Alguien como yo? —pregunta con la desilusión marcada en su rostro.

—No me malinterpretes. Tienes tanto que vivir... que yo sería un lastre para ti.

—¿Pero qué cojones dices, Lara? Tienes diez años más que yo, y por dios, si incluso yo he vivido más que tú, que has vivido encerrada en este hotel toda tu vida. Eso solo es una injusta excusa, un maldito pretexto para no arriesgarte y mirar con tus propios ojos la vida. Hasta ahora lo has hecho con ojos ajenos...los de tu tío y los de tu madre — masculla elevando la voz.

—¿Y tú como sabes que...?

—Recuerda que el señor Smith y tu tío son amigos. Se los planes de tu tío para ti.

—Esos eran mis planes también, pero ahora...

—Exacto, ahí quería que llegaras. Ahora algo ha cambiado, ¿verdad?

—Sí, pero tengo miedo.

—Es normal sentir miedo, pero, nena, piensa que es lo que realmente quieres, o mejor, que es lo que realmente deseas. ¿Prefieres satisfacer los deseos de tu tío, o los tuyos? Te he ofrecido mi grupo, mi familia, para ti. Con nosotros no te faltará de nada, trabajarás ayudando al señor Smith, ya que tienes experiencia. Te estoy ofreciendo el flotador que tanto anhelas, te ofrezco mi corazón; aun sabiendo que puedes partirlo.

—O que me lo partas tu a mí.

—Eso ya te lo he avisado, y me arriesgo. Y tú, ¿eres capaz de arriesgarte?

—No lo sé. —Sollozo cubriéndome la cara con mis manos.

—No llores y aclárate. Te lo pondré más fácil.

Se pone de rodillas en la cama delante de mí, cierra los ojos y suspira un momento. Me agarra la cara con ambas manos, enfrentando mi rostro al suyo y, cogiendo aire empieza a hablar.

—Me gustas muchísimo, Lara. —Sus ojos verdes penetran en los míos — Jamás había sentido este remolino de sensaciones que siento contigo. Me asusta, al igual que a ti, que me esté enamorando, pues nunca lo he hecho. Por eso te ofrezco todo lo que está en mi mano para no perderte, para mantenerte a mi lado y seguir descubriendo que es esto que siento. No puedo obligarte a venir conmigo y dejarlo todo, pero si puedo ofrecértelo. Es tu decisión y tendré que acatarla, aunque no sea de mi agrado si decides quedarte. Solo tú tienes la respuesta.

Lo miro fijamente, con la cara bañada en lágrimas. Tengo tanto miedo, que como impulsada por una fuerza divina, salgo de la cama, me visto a toda prisa y salgo de la habitación sin mirar atrás.

Lloro en mi habitación, sin consuelo. Toda mi vida había pensado en que este era mi lugar, lo que quería y donde deseaba estar. Y ahora, ahora ya no se nada. Solo sé que quiero estar con ese maldito niño de ojos verdes, que me ha obligado con sus besos y caricias, a perder mi cordura. Y a lo mejor, él es lo que necesito; alguien joven, sin miedo al mañana, que solo pueda ofrecerme el presente, el aquí y ahora. Que no tenga miedo a lanzarse a la piscina por mí, aunque luego se ahogue. Él es el punto de locura que mi

vida necesitaba, pues puedo respirar a su lado. Con el soy libre, me siento libre para hacer lo que siento. Harry me besa por las esquinas sin miedo al qué dirán, me dice que me otorga su corazón, aunque no esté seguro de ello, ¿pero qué más da que no esté seguro? Es lo que necesito, mañana Dios dirá. No puede ofrecerme un futuro tranquilo y sosegado, pero... ¿en realidad es eso lo que quiero y necesito? He vivido toda mi vida cumpliendo las reglas establecidas, pero Harry me ha enseñado, que porque algunas se rompan, no pasa nada. Con el me saltaría todas las reglas de mi mundo. Me llena el corazón de felicidad, alegría y esperanza. Una casa rodante qué más da, si a quien voy a tener en mis brazos todas las noches es a él. Me da igual donde sea, si es con él. ¿Cuánto tiempo permanecemos justos? El tiempo y el destino lo decidirán. Ahora solo quiero esto, lo que tengo con él. Quiero el presente, sin mirar el pasado y ni siquiera presagiar el futuro. Mi decisión está tomada.

Me encamino por el pasillo que me conduce hasta la habitación de Harry con paso firme y decidido. Cuando estoy a punto de llamar a la puerta, siento como una mano me lo impide.

—¿Se puede saber qué haces? —masculla mi tío, apretando los dientes —.Ya veo que son verdad los rumores que han ido pululando por mi hotel.

Mi cara se ha convertido en una caricatura de mi misma.

—Déjame que te explique, tío.

—¡¡Cállate!! —vocifera—. Cuando tu padre murió y yo me hice cargo de tu educación, jamás pensé que no te servirían de nada todas mis enseñanzas y lecciones. Que bajo has caído, Lara. Me has decepcionado y decepcionarás a tu madre cuando se entere que andas acostándote con clientes del hotel.

—No es como tú piensas, tío, escúchame antes.

—¿Que no es como yo pienso? Entonces... ¿Qué es? Yo te lo diré: eres el maldito capricho de un adolescente, que se ha encaprichado de tus curvas y de tu preciosa cara; que cuando se vaya de aquí, se olvidará de ti y tú serás solo una aventura más para él.

—¡¡Te equivocas!! —Lloro desconsolada—. Soy algo más.

—Sí, se lo que eres, eres una descarada y una desvergonzada, que se acuesta con el primer chico que le adorna el oído sin ofrecerle nada a cambio.

Apenas puedo mirarlo a la cara. La vergüenza y la rabia recorren mis venas y por un segundo, una décima de él, dudo de lo que siente Harry por mí.

—¡¡No soy una desvergonzada!! —le chillo a mi tío fuera de control—
¡¡Yo...yo le quiero!! —confieso justo delante de su cara, al mismo tiempo
que Harry abre la puerta.

Me tapo la boca con las manos y me arrepiento de lo que he dicho, no
porque no lo sienta, sino porque he admitido ante mi tío y Harry, que estoy
enamorada. Han hecho falta solo unas malas palabras de mi tío para admitir y
afrontar que es lo que siente mi corazón.

—Repite eso — me pide Harry.

—Te quiero. —Sale de mi boca en un susurro, sin apenas esfuerzo.

Harry se envara ante mi tío, y me arrebató del brazo acusador del
mismo, que se disponía a darme una bofetada.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos todos —pide intentando
guardar la calma ante mi enfadado tío.

—Apártate de aquí, Harry, esto no es asunto tuyo —le exige mi tío
lleno de ira.

—No lo haré, y si es asunto mío. Yo también la quiero — confiesa
mirándome con una enorme sonrisa en sus labios, solo empañada por su
envarado entrecejo, que mira a mi tío con descaro.

Abro los ojos de par en par, con el corazón aleteando en mi pecho
como jamás lo había hecho. Él me quiere, me quiere. Me repito en silencio.

—¿Os habéis vuelto locos? Pero si solo hace unos días que os
conocéis, inconscientes —chilla.

—Señor Monroe, eso a usted no le incumbe. Su sobrina es lo bastante
mayorcita como para decidir qué es lo que quiere o no.

—Eso justo debería decirte yo a ti. Es mayor que tú, chico insolente.

—La edad no importa, solo importa el contenido de nuestro corazón. Y
ha de saber, que le he propuesto venir conmigo, un puesto de trabajo y mi
corazón. Solo depende de ella, y solo de ella, aceptar.

Harry me mira con un brillo especial en los ojos, que antes no había en
ellos, y automáticamente sé que es completamente sincero en sus palabras. Le
sonrío y alzo la cabeza altiva, enfrentando mi mirada con la de mi tío, que
espera expectante mi decisión.

—Me iré con él. —Decido, sosteniendo la mirada iracunda de mi tío.

Harry suelta todo el aire que había guardado en sus pulmones y
anticipándose a mi tío, me abraza y me lleva con él hacia a la habitación.

—Sabes bien que no lo harás —masculla, rugiendo a nuestra espalda.
Ya en la habitación.

—¿Estas segura de la decisión que has tomado? —pregunta Harry, encarándome.

—¿Lo estás tú?

—Yo te he preguntado primero —dice besando mis labios suavemente.

—Lo estoy.

Me abrazo a su cuello y lo aprieto con fuerza contra mí. Besándolo y acariciando su pelo con premura.

—No te será fácil escapar de aquí.

—Lo sé, pero me da igual. He decidido que ahora seré yo quien tome el rumbo de mi vida, y que si me estoy equivocando, solo yo seré la responsable.

—Aprendes rápido, treintañera — se burla de mí.

—¿Y tú? Veinteañero de pacotilla, mira lo que estás haciendo conmigo.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo? —musita en mis labios.

—Volverme loca. —Le doy un suave mordisco en su labio inferior y comienzo a desnudarlo.

Cuando mi cuerpo se acopla con el suyo, siento como mi corazón palpita desbocado, chocando contra mi pecho. Una sensación extraña y placentera, que a la vez que me asusta y me hace sentirme plena.

Después de pasar toda la noche en sus brazos me toca afrontar mi decisión. Salgo de la cama sin hacer demasiado ruido para no despertarlo.

—¿Pensabas abandonarme sin despedirte? —Su voz grave y ronca por el efecto del sueño me sobresalta.

—No quería despertarte —confieso sin querer mirarlo.

Está completamente desnudo y si me giro y lo observo, no creo que pudiera salir de aquí. Me agacho para ponerme los zapatos y cuando me levanto, lo tengo pegado a mi espalda, completamente desnudo, clavándome su matutina erección en mis nalgas.

—No te vayas...quédate un ratito más —me implora con voz risueña en mi cuello, aspirando a su vez.

—Tengo que afrontar las consecuencias de mis actos, y cuanto antes mejor —sentencio, casi segura de ello.

—Por cinco minutos mas no va a cambiar nada — musita restregándose con mi trasero.

Me giro y lo encaro con una sonrisa sardónica.

—¿Solo cinco minutos?

Sus carcajadas llenan la estancia e iluminan mi semblante.

—Quien dice cinco...dice diez, veinte, treinta...— argumenta divertido.

Me lanzo a sus carnosos labios, saboreando su boca, mientras él se restriega contra mi barriga. Ni siquiera me quita la camisa, se centra en mis pantalones, desabrochando con desespero el botón y bajando la cremallera. De un solo movimiento se deshace de ellos y de mis braguitas y me tiende boca abajo en la cama, alzando mis caderas con una mano, mientras que con la otra pellizca una de mis nalgas.

—Esto será rápido, Larita —gruñe asiéndome por las caderas.

Sus caderas chocan contra mi trasero mientras yo aguanto las estocadas con heroicidad. Si todos los maridos se levantaran por las mañanas con este ímpetu, el índice de natalidad se elevaría por las nubes. Con su mano derecha baja hasta mi clítoris y lo acaricia sin dejar de bambolear dentro de mí. Un grito ahogado sale de mi garganta cuando a la vez que su pene, me introduce un dedo en mi interior. No sabía, hasta ahora, que las dos cosas cupieran juntas. Siento la presión de su pene, frotando mis paredes, a la par que su dedo se desliza dentro y fuera, haciendo que casi llegue al orgasmo.

—¿A que esto no te lo han hecho nunca?— jadea en mi nuca, pegando su pecho contra mi espalda.

—No —atino a decir en un suspiro.

—Me subestimaste, preciosa.

—Sí, lo hice. —Rio, sintiendo ya los latigazos previos al orgasmo.

Asevera sus arremetidas, acariciando a la vez mi hinchado clítoris, que reza por explotar de una vez por todas. En tres estocadas y dos caricias nos corremos juntos entre gemidos que salen de su boca como un canto celestial para mis oídos.

—¿Qué estás haciendo conmigo? — jadea, dejándose caer en mi espalda.

Me rio presa de la satisfacción que siente mi cuerpo desmadejado en su brazos.

—¿De verdad me quieres? —le inquiero poniéndome seria en un segundo.

—Siento que no quiero dejar de mirarte nunca.

—Eso no contesta mi pregunta, Harry ¿me quieres?

—No lo sé —musita entre dientes—. Nunca he sentido lo que siento cuando estoy contigo.

—¿Y que sientes cuando estás conmigo?—mis ojos escrutan sus dos esmeraldas verdes sin pestañear.

—Siento que me duele el pecho cuando te vas, al igual que me duele cuando te miro. Mi corazón late desbocado en mi pecho cuando me besas y cuando estoy dentro de ti; todo mi cuerpo se activa, haciendo que un escalofrío recorra mi columna. ¿Contesta eso tu pregunta? Porque a mí sí que me la contesta. Jamás había sentido por nadie lo que siento cuando me tocas.

—Más o menos, si, la contesta.

—Y tú, ¿Qué sientes, Lara? —Me acaricia la barbilla, regalándome una de sus medias sonrisas.

—Siento que te conozco sin apenas conocerte. Cuando me tocas, solo quiero estar en tus brazos, que no dejes de besarme, ni te vayas nunca. Jamás me había enamorado de nadie, ahora lo sé. Contigo siento que puedo ser yo misma, que sacas lo mejor de mí y un lado de mí que no conocía. Desde que te conozco me he preguntado mil veces como puedo sentir algo tan fuerte por alguien que no conozco, y tan diferente a mí. Eres lo que siempre me faltó: un punto de locura en mi monótona vida.

—Soy un punto de locura. —me mira y me sonrío asintiendo, pero esta vez con una enorme sonrisa.

—¿Solo te has quedado con eso? —pregunto indignada. Si solo se ha quedado con eso es para matarlo y atarle los huevitos un rato mientras le doy de tortas.

—No solo me he quedado con eso. La locura es intangible, pero tu no. Tú eres todo lo demás. Eres mi realidad, Lara. Ayer fuiste mi pasado, hoy eres mi presente, y mañana, quiero que seas mi futuro.

—Ahora has contestado preguntas, que aun, no sabía que quería hacerte.

Mis manos vuelan hasta su pelo, introduciendo mis dedos en su espesa y ondulada melena, acariciándole el cuero cabelludo con enorme suavidad. De su garganta sale un gruñido placentero y un suspiro que eriza mi piel.

—No te quiero, Harry, te amo. Y aunque solo hayan pasado unos días, sé que esto que siento es verdadero.

Tiro de su pelo acercando sus labios a los míos. Lo beso despacio, con deleite, saboreando cada rincón de su boca, cada milímetro de su dulce lengua.

Entro en la cocina del hotel como un vendaval buscando a Matilda. En cuanto la ubico frente al horno, sé que ya lo sabe todo. Me mira de forma

reprobadora pero con un amago de sonrisa en sus labios. Me acerco titubeante sin saber si me caerá uno de sus sermones o si me dará una palmadita en la espalda.

—¿Estas enfadada? —le pregunto encogiendo la parte derecha de la cara en una mueca simpática.

—¿Tu qué crees, niña del demonio? —refunfuña tirándome un trapo a la cara.

—En el corazón no se manda, Mati. Lo quiero.

—¡¡Madre del amor hermoso!! —exclama poniendo los brazos en jarra—. Pues llevaba razón tu tío en eso de que te has vuelto loca.

—¡¡Loca de amor, mi cocinera amorosa!! —le grito abrazándola con fuerza.

Apenas puedo rodearla con mis brazos de lo entradita en carnes que está. Su risa me vigoriza y me hace reír como hacía tiempo que no lo hacía. Estoy feliz, muy feliz, aunque pronto tenga que enfrentarme a mi tío y a mi querida madre. Hablando de madre...

—Mati, ¿sabes si mamá ha llegado?

Me mira con sus ojitos grises, pudiendo leer en ellos que sí y que una buena tormenta con relámpagos y truenos se me avecina.

—Llegó esta mañana temprano. Amenazó con entrar en la habitación de tú chico de ojos verdes y melena ondulada, para sacarte de allí a rastras, pero entre tu tío y yo conseguimos calmarla y sacarle la idea de la cabeza. Te espera una buena, mi niña.

—Me da igual, Mati, me voy a ir quieran o no. No voy a volver a dejar que nadie decida por mí.

—Te aconsejo que midas tus palabras con tu madre y tu tío, y si finalmente, te vas, espero que sea con su beneplácito. Utiliza bien las palabras y mide cada una de ellas.

—Lo haré, pero con o sin su beneplácito, me marcharé igual. Lo sabes.

—Claro que lo sé, Lara. Has crecido en esta cocina y te he alimentado ese cuerpo que vuelve locos a los chicos. Pero ten cuidado.

—Lo tendré.

Me encaramo a su cuello, y reparto cientos de besos sonoros en su mejilla. Matilda me dio el calor que mi madre no pudo darme. Desde que murió mi padre trabajo muy duro junto a su hermano; mi tío, para sacar

adelante este hotel y convertirlo en lo que ahora es. Un prestigioso hotel de lujo que sirvió como una prisión para mí. Pero ahora, estoy dispuesta a fundir las cadenas que me atan a él, y respirar en libertad junto a Harry. Con el haré todo lo que soñé, aunque me resulte chocante, me acostumbraré. Dicen que el hogar está donde tú seas feliz, y mi hogar, ahora, es Harry.

Llamo a la puerta del despacho de mi tío; un sitio anodino y carente de luz que siempre me enfundó miedo y respeto. Al otro lado oigo como mi tío pide que pase. Abro la puerta despacio, temiendo el arranque de ira que puede estallar en el cuándo entre en la cueva del lobo. Mis ojos se topan con su espalda. Yace sentado de espaldas a la puerta, con una copa de coñac en la mano derecha. Cierro la puerta con cuidado, cuando de repente siento una presencia a mi derecha que me clava una mirada furibunda que desarma todo el dialogo interior que me estaba preparando.

—¡¡Se puede saber qué te pasa por esa cabeza!! —grita mi madre desgañitándose, hasta el punto que tose y todo.

—Mamá, déjame que te explique.

—Exactamente lo mismo me dijo a mí, Malena —masculla mi tío, dándose la vuelta y encarándonos.

—¿Para eso te hemos criado? Eh...contéstame —berrea— ¿Para qué te vayas con el primer niño famoso que se te cruza por el camino? ¿Para qué te abras de piernas a la primera de cambio? ¡¡Ehh!! —chilla mi madre fuera de sí.

Las lágrimas resbalan raudas por mis mejillas, pero no pienso amilanarme ante ella ni mi tío. Pienso luchar por lo que quiero y deseo, aunque tenga que salir de aquí con una mano delante y otra detrás.

—¡¡No es un niño!! —grito yo también—. Y lo quiero, lo amo, mamá. Lo amo más que a nada.

—¿Pero que hemos hecho mal, Juan?—llora mi madre, agarrando a mi tío del brazo.

—Me habéis enclaustrado en este hotel; me habéis destrozado con vuestras prohibiciones todas las relaciones que he tenido anteriormente, me habéis hecho pensar que no hay nada más fuera de estas puertas. Pero gracias a Dios que me he dado cuenta, a tiempo, de que hay algo más ahí fuera. Mejor dicho, Harry me ha mostrado que hay otro mundo; uno muy diferente al que vosotros me mostrasteis, uno mucho más bonito, divertido y apasionante.

—Estás loca. Ese niño te ha absorbido el seso ¿verdad? —escudriña

mi tío.

—Sí que me ha absorbido tío, pero no el seso, sino la tristeza que me embargaba. ¿No os dabais cuenta que era una amargada? Apenas sonreía y todo me parecía aburrido, letárgico, monótono. Pero Harry llegó con sus aires de niño malo, con su pelo por el hombro y sus hermosos ojos verdes y con una sonrisa que me cortó el aliento y me iluminó la mirada. Llegó con sus bromas que me parecían fastidiosas y que poco a poco se convirtieron en graciosas. Me llenó de vida en cuestión de horas, mamá. —Lloro sin poder continuar mi discurso.

—¿Y cómo osas decir que lo quieres, Lara? —pregunta mi madre más calmada.

—Porque es verdad, es lo que siento.

—Eso que tú dices que es amor, es encaprichamiento —escupe mi tío con rabia.

Me limpio las lágrimas con el puño de mi camisa y sorbo por la nariz los mocos como una niña pequeña, y continúo:

—No lo es tío. Pero tu jamás me comprenderás, porque no sabes que es el amor, ¿o acaso te has enamorado alguna vez, tío? ¿Acaso tú has sentido que el pecho se te parte en dos cuando unos ojos te miran con deseo? ¿Acaso has sentido alguna vez que te falta el aliento después de un beso apasionado? ¿Acaso tú has sentido que necesitas los besos de esa persona más que la comida o el agua? No lo has sentido, ¿verdad? —Me giro hacia mi madre y le pregunto: —¿Tú lo has sentido, mamá? Sé que sí, tus ojos me lo dicen, tus ojos me comprenden, pero te niegas a admitirlo, porque tienes miedo de perderme. No lo harás, mamá. Pero ya te aviso, que si te interpones a mis deseos, sí que lo harás. Me perderás para siempre.

Espero para ver la reacción de las dos personas más importantes de mi vida, y lo único que veo es el desprecio por parte de mi tío y la enorme tristeza de mi madre. Les digo que lo siento, que en dos días me iré con o sin su aprobación. Mi madre alza la cabeza y me mira recelosa. Asiento con la cabeza y le aseguro que hablo muy en serio, más de lo que lo he hecho nunca.

—Si sales por esa puerta estás despedida y no volverás a pisar este hotel —amenaza mi tío—. Así que tú decides. ¿O te quedas, o recoges tus cosas y te vas?

Mi madre lo mira con una mezcla de tristeza y desconcierto. Leo en su

mirada que no está de acuerdo con él, pero no dice nada, se mantiene callada. Algo que me llena de rabia y me mortifica, pero ya está decidido.

— Me voy.

A veces hay que tomar decisiones difíciles. Yo ya he tomado mi decisión, por primera vez, sin que nadie me coarte. En dos días dejo lo que fue mi hogar y lo cambio por uno rodante. No me importa si quien me acompaña es Harry. Con el veo el mundo de diferente color, incluso veo lo que antes no. Desde pequeña me inculcaron, muy arraigadamente, el sentido de la responsabilidad. Hace unos momentos con mi madre y mi tío frente a mí, dudé si estaba haciendo lo correcto. Me he criado rodeada de obligaciones que no eran mías y que cargaron en mis hombros sin preguntarme siquiera si yo quería. Acepté todo de buena gana, porque no conocía otra cosa, pero ahora todo es diferente. He conocido a un chico de veintidós años, ¿y qué? Harry me ha enseñado que no hace falta tener ni treinta ni cuarenta años para ser una persona adulta, o por lo menos, responsable. Él tuvo que dejar toda su vida atrás para cumplir un sueño: cantar. Tuvo que atenerse a las consecuencias que ello le acarrearía, pero acertó. Es feliz con lo que hace y se siente realizado por ello. Yo, por primera vez, tengo una ilusión enorme por cambiar estas cuatro paredes por un avión, autobús o un coche. Me da igual donde ir, donde dormir o donde comer, si con ello voy a ser feliz. No se por cuánto tiempo me dure, pero por si acaso, aprovecharé cada segundo que esté a su lado, cada mirada y cada beso. Viviré como si fuera el ultimo día, porque ¿Así hay que hacerlo, no?

Dos toquecitos con sonido metálico me sacan de mis pensamientos. Adivino enseguida quien es por su forma de llamar a la puerta. Harry y sus anillos me saludan cuando abro el pestillo.

—Hola —me saluda con las manos cruzadas detrás de su espalda.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

—Supongo que sí, creo que ya no trabajo aquí.

Lo hago pasar y cierro la puerta con mi espalda apoyada en ella. Harry me mira preocupado, tomándome de la mano.

—No ha ido bien, ¿verdad?

—Me temo que no.

—¿Qué ha pasado?

—Mi tío me ha despedido.

—Bueno, tarde o temprano tenías que dejarlo.

—Lo sé, pero me ha echado del hotel también. Vamos...que tengo que irme de esta habitación y de aquí.

—¿Tan mal ha ido?

—Me temo que sí, y lo peor de todo, es que mi madre no se ha posicionado a mi favor.

Le relato todo lo que me han dicho en el despacho de mi tío.

—Solo te lo voy a preguntar una vez más, Lara ¿Estas segura de dar este paso? No quiero que te confundas, ni que dudes de mi decisión de llevarte conmigo. Es solo que no quiero que sea de esta forma, no así, rompiendo lazos familiares, nena.

—Estoy más segura de lo que he estado de algo en toda mi vida. Me lanzaré a la piscina, y si algún día decides retirarme le flotador que me has tendido, seguro que hallaré la forma de salir. No puedo pasarme media vida sin tomar mis propias decisiones y sin arriesgarme por miedo a hundirme, ¿lo entiendes?

Las lágrimas recorren mi rostro sin apenas haberme percatado. Harry sonrío de forma tierna, estirando el brazo, secándomelas con sus dedos.

—Claro que te entiendo, Lara. Yo también tuve que hacerlo, no rompiendo lazos, pero si rompiendo barreras. Ven aquí.

Me atrae a sus brazos y me abraza de la forma más dulce que lo han hecho nunca. Me acaricia la espalda y me insufla ánimos sin siquiera mediar palabra. Todo él es cariño, bondad y ternura. Entonces me doy cuenta que acaba de darme una lección de madurez. Ha interpuesto sus deseos a mi decisión de quedarme o irme. Aun así me lo ha preguntado. Lloro desconsolada en su pecho, más bien por la actitud de mi madre, que por la hostilidad de mi tío. Me duele que mi madre acepte, ante todo, la decisión de mi tío que la propia felicidad de una hija.

—Lara, tienes que volver a hablar con tu madre, pero sin la presencia de tu tío — me susurra en los labios—. No quiero que vengas así.

—Lo haré —asiento restregándome las lágrimas con el puño de mi camisa.

—Lo harás ya, y yo te acompañaré... ¿de acuerdo?

Alzo la cabeza y lo miro con una mezcla de adoración y devoción. No sé cómo va a tomarse mi madre que él me acompañe, pero bueno, al fin y al cabo lo voy a dejar todo por él. Así que debe conocerlo y corroborar por ella misma que es un buen niño y que realmente le importo.

Hemos llegado a la habitación que frecuenta mi madre cuando viene al

hotel y estoy como un maldito flan. Harry me tiene agarrada de la mano y me la aprieta en señal de apoyo. Le sonrío con una mueca que pretendía ser una sonrisa porque los nervios me impiden sonreír francamente. Harry se ha convertido, en cuestión de unos días, en un pilar y un guía muy importante para mí. Aquí, delante de la puerta, pienso en todo. Quiero a Harry y no sé cómo explicar el porqué de este sentimiento tan fuerte, pero lo quiero. Harry llegó a mi vida hace tan solo unos días, pero la llenó de la luz que me faltaba. Sus ojos verdes, su caminar, su forma de moverse; o tan simple como el hecho de retirarse el pelo de la cara me turba. Derrocha sensualidad por los cuatro costados; es sexy y estiloso y, me encanta.

—¿Nervioso?— le pregunto, acariciándole su hermosa mandíbula carente de barba.

—Joder, parece que voy al matadero. Pon la mano aquí —señala poniendo la mía junto a su corazón.

Su corazón late desbocado, pero lo más sorprendente de todo es que exteriormente no se le nota nervioso. Es un puto amor.

—Solo estoy nerviosa, ¿vale? Será un gran cambio para mí—lo miro de soslayo y se me pasa algo por la cabeza que no dudo en preguntarle—. ¿Acaso te has arrepentido tú, Harry?

—Yo soy consecuente con mis palabras y decisiones —responde—. Harry, te va a dar algo. ¿Prefieres que entre sola?

—No, no. Ahora se me pasa, son los nervios del momento. A lo hecho...pecho. Como diría mi padre.

Ha conseguido calmarme un poco. Así que reúno toda mi valentía y llamo a la puerta. Harry ha soltado todo el aire de su pulmones, incluso se le ha escapado un pequeño jadeo. Le sonrío nerviosa y él me devuelve una especie de mueca. Pues vamos apañados los dos.

—Mamá, ¿puedo pasar? Vengo acompañada —le anuncio sin abrir la puerta de todo.

—Pasa —contesta exasperada.

Adelanto a Harry, y egoístamente, lo uso como parapeto ante la ofuscada mirada de mi madre.

—¿Tienes que traer escolta para hablar con tu madre?—suelta amargamente, sentada en uno de los butacones de la enorme habitación.

—No, mamá, solo venimos a hablar. Harry quiere que lo escuches.

—Adelante pues.

La habitación está en penumbra y casi no veo claramente el rostro de

mi madre. Suele dejar la habitación así cuando le duele la cabeza. Pero necesito verla con claridad, así que me dirijo hasta los gigantescos ventanales de la estancia y descorro las cortinas. Un esplendoroso y brillante sol entra por los ventanales dejándome ciega por unos segundos.

—Necesito luz, ya sabes que no me gusta la oscuridad —le recrimino a mi madre poniéndome junto a Harry.

Mi madre observa detenidamente a Harry de los pies a la cabeza. Lo está escrutando con la mirada mientras asiente con la cabeza. Es muy educada y tiene mucha elegancia, pero es una descarada a partes iguales.

—Tenía razón Matilda cuando me dijo que era todo un portento de chico, aunque sus vestimentas...

Lo suelta todo delante de él sin importarle lo más mínimo que pueda ofenderlo. Sé que Harry no se ofenderá, pero me resulta un poco incómodo.

—Mamá, no he venido para que le des el visto bueno, he venido para... —me interrumpe levantándose del butacón, poniéndome un dedo sobre mis labios.

—Eres muy guapo, tienes unas facciones perfectas y unos ojos verdes preciosos. No me extraña que mi hija se haya rendido a tus encantos. —le dice a Harry poniéndose delante de él.

Harry ha permanecido callado e impasible hasta que mi madre le ha dicho que he caído rendida ante sus encantos. Ha sonreído con un cauta media sonrisa, achinando sus ojos haciéndolo más atractivo si cabe.

—Gracias señora, es todo un halago —contesta educadamente. Maldito, coquetea hasta con mi madre.

Harry permanece con las manos cruzadas en su espalda y más recto que un palo, esperando que mi madre deje de analizarlo para poder hablar.

—Mamá, ¿puedes dejar de escudriñar a Harry y prestarnos atención?

—Necesito saber con quién va a escaparse mi hija, creo que tengo derecho, ¿no? —espeta altanera.

—No me estoy escapando, mamá.

Puede que tenga razón y si me esté escapando, más bien huyendo de todo lo que me impusieron, pero no lo admitiré delante de ella. Solo he venido para aclarar las cosas con ella y no irme con un regusto amargo en la boca. Con mi tío ya otro gallo cantará, pues si no lo acepta, lo siento mucho.

—Señora Monroe, solo quiero que sepa que cuidaré de ella y que con nosotros no le faltará de nada. Si quiere, mi representante puede hablar con usted para que se quede más tranquila. Somos una familia, nos ayudamos y

nos apoyamos mutuamente. Lara estará bien. —Se aparta el pelo de la cara con su característica forma de hacerlo y prosigue con sus argumentos—. No soy bueno haciendo promesas, señora, pero esto sí que puedo prometérselo. No la dejaré sola en ningún momento, y la cuidaré como el tesoro más valioso que jamás haya tenido. Su hija es un diamante pulido y precioso, que necesita vivir y respirar fuera de aquí y, conmigo, puedo asegurarle que lo hará. La quiero, aunque parezca apresurado, pero así es. No la dejaré marchar, es que no puedo ni quiero hacerlo. Ella es perfecta para mí al igual que yo lo soy para ella. Ella es mi guinda del pastel y yo soy para ella el azúcar que lo endulza.

Mi madre y yo nos hemos quedado, a partes iguales, embobadas con su discurso. No se le dan bien hacer promesas, pero esta la ha clavado. Lo miro orgullosa, todo lo orgullosa que se puede estar de un chico, de veintidós años, que ha conseguido darnos una lección de vida a todos. En la cara de mi madre aparece una leve sonrisa. Parece que la ha convencido. Pero ya no sé si ha sido su verde mirada la que lo ha hecho o su discurso.

—Lara, no me voy a interponer en tu felicidad. Tienes derecho a equivocarte por ti misma y yo no soy quien para impedirlo. Solo te pido que lo medites bien y que...

—Mamá —la interrumpo antes de que siga, porque ya se lo que me va a decir—. Ya lo he pensado. Quiero hacerlo. Quiero caerme, levantarme y aprender.

—Entonces no seré yo quien te lo impida —contesta rotundamente mi madre.

Intento meter en mis dos maletas nuevas toda una vida, pero no me cabe ni la mitad. Harry me mira divertido, sentado en la cama, mientras escribe en un papel las primeras líneas de lo que será una nueva canción. Estoy ofuscada y malhumorada. Aunque las maletas son gigantescas no me cabe todo.

—A ver, Lara ¿intentamos una cosa?— Harry se levanta y se pone frente a mí con los brazos en jarra.

—Soy toda oídos —contesto tirándome en la cama bocarriba.

—Haremos una lista de todo lo que no te sea necesario. Por ejemplo: el secador y la plancha no te hacen falta. Nuestras estilistas tienen todo lo necesario y no dudaran en prestártelo. ¿Entiendes ahora lo que te digo?

—Pero no me caben todos mis libros. —Lloriqueo.

—Eres cabezota, ehh —me dice mientras me levanta de la cama y

abrazo a la muñeca de trapo en la que me he convertido—. Tengo un libro electrónico en mi maleta, así que descargaré ahí todos tus libros ¿te vale?

—Podría —sopeso poniendo los ojos en blanco.

—Pues solucionado.

Miro el montón de ropa que me queda por meter y me echo a llorar de nuevo, señalándola con un dedo como si fueran a comerme.

—Eso tampoco me cabe —gimoteo.

Harry me mira poniendo los ojos en blanco y resoplando. Lo estoy cabreando.

—Lara, presta atención a mis palabras —habla recalcando cada una de sus palabras como si fuera una niña pequeña—. La gira será por Estados Unidos y estamos en verano, así que no te harán falta los catorce abrigos que tienes sobre la cama. Siempre puedes pedir que te los envíen cuando te hagan falta.

Lo miro dándole la razón, asintiendo como una niña tonta, comenzando a guardar de nuevo todo lo que he sacado.

—Lara, ¿estás completamente segura de querer venir? Comprenderé que te echés atrás.

—¿De qué hablas, Harry? ¿Por qué no iba a querer hacerlo?

—No has parado de poner pegas y andas ofuscada.

onde contundente.

—¿Acaso yo no?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Creo que te he demostrado que quiero irme contigo. Me he enfrentado a mi tío por ti —le escupo con la misma rabia que tristeza siento.

—Siento que tu familia no te entienda, pero creo que ahora mismo me estás echando la culpa a mí. Te lo propuse, sí, pero no te he obligado. Ha sido una decisión tuya y, creo que, o me da la sensación de que me estas culpando de ello.

—Pero, ¿qué dices, Harry? Escúchate. No te culpo, todo lo contrario. Pero la verdad es que, ahora, después de esto no se si estoy haciendo bien. Creo que tú dudas más que yo.

—No dudo, ni he dudado ni un momento. Creo que lo mejor será que te deje sola esta noche, y si decides de verdad venir, estaré en mi habitación.

Se da media vuelta y se marcha sin siquiera volver a mirarme. Creo que me está probando, que solo quiere una muestra que le diga que estoy

realmente segura de lo que he decidido. Iría corriendo detrás de él, pero mi orgullo me para los pies. Lo haré sufrir un poco antes de salir corriendo hacia su habitación.

Termino de guardar todo en mis maletas y me dirijo hasta el despacho de mi tío. Creo que debo despedirme antes de irme, aunque no esté de acuerdo con mi marcha. Pero antes hago una parada en la cocina para ver a mi Matilda.

Entro en la cocina y ella enseguida vuelve la cara y me sonrío.

—Te he oído desde que has vuelto la esquina ¿Se puede saber que colonia te has echado?

—Una que me regaló mamá. Es demasiado fuerte, ¿verdad?— le digo cogiéndome el cuello del jersey y arrugando la nariz.

—Ay, hija, permíteme que te lo diga, pero apesta.

Nos echamos a reír burlándonos del pésimo gusto de mi madre para los perfumes.

—Venga...cuéntame, ¿para qué has venido aquí si no es para robarme comida? —me anima ofreciéndome un trozo de pastel que rechazo.

—Vengo a decirte que me voy. Está decidido. Me voy con Harry.

—¿En serio, mi niña?

—En serio, Mati. Lo quiero y no voy a desaprovechar esta oportunidad que me está brindando la vida. Mamá ya lo sabe y el tío...también.

—¿Cómo se lo han tomado, cielo?

—Mi tío no lo acepta, Mati, pero mamá me ha dicho que no me va a impedir ser feliz.

—Quien me lo iba a decir...tu madre dándote el visto bueno.

—Bueno... no le quedaba otro remedio al darse cuenta de mi determinación.

—Esta es mi chica. —Me abraza y me estruja contra sus pechos—. Espero que seáis felices mucho tiempo, pero si ese melenudo te hace daño, te juro que iré a buscarlo con el rodillo del pan.

—Pero que bruta eres, Mati.

—Mi niña, por ti lo que sea. ¿Sabes que te quiero, verdad?

—Lo sé. — Me abrazo aún más fuerte a ella y lloro en su pecho.

Echaré de menos a esta mujer y sus comidas. Aunque más echaré de menos sus sabios consejos y sus arrebatos de cariño.

Llamo a la puerta de la oficina de mi tío con decisión y entro sin permiso.

—Hola, tío.

—¿Has venido a despedirte?

—Sí, es lo mínimo que puedo hacer.

—Está bien.

Se levanta de su sillón orejero y se pone frente a mí con los brazos en jarra. Me sonrío de una forma extraña, pero no me detengo demasiado en pensar en ello.

—Antes de irte necesito que me acompañes a la zona de obras. Quiero que me des el visto bueno al material para la nueva terraza. Tu eres la que ha llevado el proyecto a cabo. Me gustaría que hicieras eso por mí antes de marcharte. ¿Te parece?

—Claro que sí.

Este cambio repentino de humor me da mala espina. Pero no le doy demasiada importancia.

Hemos llegado a la zona que lleva años en obras. Si tomamos el pasillo la derecha llegamos al sector donde irán las terrazas privadas para clientes, pero en vez de tomar el pasillo a la derecha, me conduce por la izquierda.

—Tío, creo que te has equivocado, por aquí no se llega.

—Ya lo sé, quiero que veas algo antes.

Nos adentramos por el pasillo que casi está a media luz. Aún no han instalado todo el cuadro eléctrico y solo nos iluminan algunas bombillas improvisadas. Me hace entrar en una habitación pequeña, oscura y que huele a humedad. Frente a mí hay un sofá, una mesita de café y una lamparita de pie. Encima de la mesa hay una botella de agua y algo envuelto en papel de aluminio. Me giro para encarar a mi tío y preguntarle que cojones pasa, pero ya no está a mi lado, sino que ya está junto a la puerta con una llave en la mano. Salgo corriendo antes de que cierre la puerta, pero no llego a tiempo.

—¡¡Tío, por favor, ¿qué estás haciendo?!! —chillo y sollozo desde el otro lado.

—Lo siento, Lara, pero esto es por tu bien.

—¡¡No puedes hacerme esto, tío, déjame salir!! —grito en vano, cuando escucho sus pasos alejarse por el pasillo.

Me dejo caer al suelo de rodillas y me echo a llorar. Sabía que algo tramaba pero no quise verlo. Tenía la esperanza de que por fin me entendiera. Ya veo que no. Si no salgo de aquí antes de mañana, Harry pensará que me he arrepentido y se irá sin mí.

Lo tenía todo planeado: el bocadillo, la botella de agua, el sofá. Sabía

que caería en su tela de araña como buena ingenua que soy. Mi tío es una de las personas que mejor me conoce. Sabía que me iría, pero también sabía que lo acompañaría a mi propia prisión sin apenas darme cuenta. Juro que cuando salga de aquí; que ya será tarde para viajar con él, iré a buscar a Harry al fin del mundo si hace falta.

Me he pasado dos de las tres horas que llevo aquí chillando sin parar, inútilmente. El ala del hotel en el que me encuentro está muy alejado y nadie va a oírme.

Estoy tumbada en el sofá mirando la bombilla de la lamparita fijamente, haciendo que mis ojos lloren por el resplandor que desprende la misma. Pienso en que el orgullo, a veces, nos conduce por caminos que no deberíamos haber tomado. Si cuando Harry se marchó de mi habitación hubiera ido tras él, ahora mismo no estaría aquí, sino entre sus brazos en su cama. Pero a veces somos tan gilipollas que nos empeñamos en complicarnos la vida, cogiendo el camino largo en vez del corto y recto. Por eso a partir de hoy haré todo lo posible por hacerme la vida más fácil y forjarme un futuro del que yo y, solo yo, sea la dueña de mis actos y decisiones. No dejaré que nadie decida jamás por mí, ni me autoimponga pautas a seguir. También pienso en cómo será mi vida al lado de Harry. Hasta ahora no he tenido tiempo de replantearme si es de verdad lo que quiero o solo es una manera y un puente para salir de aquí. ¿Realmente lo quiero, o es un capricho como dijo mi tío? Pero no...no lo es, ahora estoy segura. Ahora ya mis ojos no lloran porque estén mirando una luz fijamente, ya había apartado la vista hace rato. Ahora lloro porque no me permiten estar con Harry, porque tengo miedo de que piense que ya no quiero estar a su lado, y porque sin sus besos, estoy perdida. Sus besos han sido como una adicción desde la primera vez que nuestros labios se unieron. Necesito el calor que desprende su cuerpo, el olor que emana su pelo cuando se lo aparta de la cara y su hermosa y reluciente sonrisa. Esa que cuando la esboza desarma a la más fiera valquiria del Valhala, haciendo que mi corazón se colme de emoción y amor. Porque... sí, señores y señoras, te puedes enamorar en una semana. El corazón no entiende ni de edad ni de tiempo, solo de sentimientos y sensaciones. Porque en tan solo una semana, Harry me ha proporcionado lo que nadie me dio. Me hace sentirme segura, protegida y deseada. Hace que me dé cuenta que puedo tomar mis propias decisiones sin temor a equivocarme, a darme cuenta que si me caigo me levanto, y que solo hay que ir hacia tras para coger carrera. Ha despertado el lado oculto que había en mi interior. Ese que desconoce lo que es el pudor

y que ha descubierto un lado guerrero. Lucharé contra viento y marea, contra tempestades y huracanes para volver a su lado.

Harry

Ya casi es la hora de irnos y Lara aún no ha aparecido. Me prometí que no iría a buscarla, que respetaría su decisión fuese cual fuese, pero me traiciono a mí mismo y decido ir a por ella. Antes de irme necesito una explicación, joder. Ella me importa más de lo que creía y no voy a soportar irme sin volver a verla. Necesito que me chille, que me obligue a irme o que me diga que no he significado nada para ella para poder dejarla aquí. Si no lo hace...me la llevaré a rastras. Jamás he estado más seguro de algo como ahora.

Choco los nudillos suavemente contra su puerta pero nadie abre, así que giro el pomo y entro. Miro a mí alrededor y veo como las maletas de Lara están junto a la puerta, su móvil en la mesilla de noche y su bolso encima de la cama. Ni rastro de ella. Intento serenarme y pensar donde puede estar. En la cocina, espero. Corro por el pasillo que me lleva hasta la cocina del hotel y entro sin resuello. Una mujer rechoncha y con cara de ser la mejor cocinera del mundo me mira con los ojos como platos.

—Pero chico... ¿y ese ímpetu?

—Discúlpeme...pero estoy buscando a Lara, ¿usted la ha visto?

—Mi niño, creía que estaba contigo.

—Emm, bueno...no. Anoche discutimos y...

—Tranquilo, cielo. Seguro que está despidiéndose de su mamá.

—Pero es que...no estoy seguro...de que...aun quiera...

—Tonterías. Se moría por irse contigo. Acompáñame, iremos a buscarla.

Asiento frenético caminado detrás de la amable mujer. Solo nuestros pasos se escuchan en este maldito hotel, que ahora me parece, enorme. “Espero que no se haya arrepentido” Pienso andando cabizbajo.

Llegamos a la puerta de la habitación de la mamá de Lara. La mujer abre si llamar, sorprendiéndome por la confianza.

—Malena —llama.

—Buenos días, Matilda. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Este precioso chico de ojos verdes está buscando a tu hija — dice dándome un empujoncito, poniéndome a su lado—. Creímos que estaba aquí.

—Me dijo ayer que vendría a despedirse, pero no ha venido. ¿Ha

ocurrido algo? —pregunta preocupada, pasándome sus ojos en mí.

Cuando voy a contestar y decir que discutimos, Matilda (que ahora se cómo se llama) se me adelanta.

—Nada, cariño. Solo que no está en su habitación.

—Vayamos al despacho de mi hermano. A lo mejor está ahí — conjetura, invitándonos a acompañarle.

Nunca en mi vida he estado más nervioso como ahora, salvo la primera vez que pisé un escenario con más de sesenta mil personas coreando el nombre del grupo. Las dos mujeres hablan animadas mientras subimos en el ascensor hasta el despacho del señor Monroe. Mi ánimo está por los suelos. No paro de mesarme el pelo y apartármelo de a cara con movimientos bruscos y alterados.

—Cariñom—me habla amablemente Matilda—, tranquilo.

Asiento con la cabeza, porque ni las palabras me salen.

Ya hemos llegado. Matilda y Malena entran sin llamar mientras yo no me atrevo a seguir las, pero Matilda me agarra del brazo y me introduce en el interior del despacho, casi arrastrándome. Nada más levantar la cabeza del suelo me encuentro con la mirada furibunda del señor Monroe.

—¿Se puede saber que hacéis todos aquí? —Pero sus ojos se dirigen a mí.

—¿Dónde está Lara, Juan? — gruñe Malena.

—Y yo que cojones se —espeta, pasándose la mano por el pelo.

—Me temo que si lo sabes...me da la impresión —aúlla, Matilda.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, cocinera?

—¡¡Juan!! No te atrevas a hablarle a Matilda así.

—No te preocupes, Malena, no me importa. Solo me importa dónde está mi chiquilla.

—¿Y, que os hace pensar que yo lo sé? —vocifera tremendamente nervioso.

—Te conozco Juan —habla Malena—, sé que tú tienes algo que ver con que este chico no encuentre a tu sobrina.

El señor Monroe ríe sarcástico y un ápice de maldad sobresale de sus

cerúleos ojos.

—No lo sé —responde ahora más calmado.

Matilda vuelve su rechoncho cuerpo hacia a mí y me susurra al oído.

—Ve donde ya tú sabes, si no está, vuelve a toda prisa.

Asiento con una sonrisa y salgo del despacho como alma que lleva el diablo. Corro escaleras arriba, dirigiéndome sin aliento hasta el rincón secreto de Lara. Casi jadeando abro la puerta de la terraza y la llamo desesperado. Tampoco está. Una punzada de miedo y dolor se instala en mi pecho, y por un momento, creo que voy a romper a llorar. Pero no lo hago, sino que salgo corriendo de nuevo escaleras abajo, pero esta vez la furia dirige mis pies.

Entro en el despacho como un caballo desbocado, dirigiéndome hacia el señor Monroe.

—¿Dónde está?! —le chillo cogiéndolo por la solapa de la chaqueta.

—¡¡Suéltame, maldito niño!! —me ordena empujándome.

Las dos mujeres se interponen entre él y yo antes de que la cosa llegue a más.

—Juan, por Dios, ¿Dónde está Lara? —Lloriquea la madre de Lara.

—Se ha ido, se ha arrepentido, solo se eso.

—¡¡Mentira!! —chillo fuera de mí—. Me quiere, me oyes, me quiere y sé que si no está aquí es porque tú no se lo has permitido. No puedes obligarla toda la vida a que haga lo que tu deseas. Es una mujer libre, joder, y ya no es una niña.

—Piensa lo que quieras —masculla sonriendo.

—Juan, te ordeno ahora mismo que me digas donde está mi hija, o te juro que...no respondo de mí.

En ese justo momento la puerta del despacho se abre y entra para mi sorpresa, Taylor.

—¿Se puede saber que está pasando aquí? — pregunta mirándonos a todos.

—Llévate a tu chico del millón de dólares de aquí, y no volváis jamás, ¿me has oído, Taylor?

Taylor me dirige una mirada confundida.

—Dime ahora mismo que pasa, Harry — me ordena Taylor.

—El señor Monroe no está de acuerdo con la marcha de Lara, y no sabemos dónde está. Pero estamos seguros que él tiene algo que ver con su desaparición.

—¿Qué problema tienes, Juan? Ya te dije que cuidaría de ella, que no le faltaría de nada con nosotros.

Miro a mi representante sorprendido. ¿Cuándo han hablado ellos de Lara? ¿Por qué cojones yo no lo sabía?

—El único problema que hay aquí es él —escupe señalándome con la babilla—, él es mi problema.

—Es un buen chico, Juan, ya te lo he dicho — masculla malhumorado con los dientes apretados. Y creo que ha empezado a enfadarse.

Tanto Malena como Matilda guardan silencio ante el imponente cuerpo de Taylor. Fue marine de los Estados Unidos, aunque ahora es solo mi representante y mi guardaespaldas. Pero aún conserva su cuerpo musculado, su corte de pelo a cepillo y sus formas regias.

—Ya no me vale tu palabra...me dijiste que intentarías que esto no sucediese.

Miro a Taylor enfurecido y me dirijo a él como nunca me hubiera atrevido a hacerlo, antes de escuchar las palabras del señor Monroe.

—Tranquilo, chico. — me dice poniéndome su enorme mano en el pecho.

—¿Qué me tranquilice, Taylor? ¿Después de tu traición?—rio sin ganas.

—Harry, al principio esa fue mi intención. —Noto un deje de arrepentimiento en sus ojos—, pero luego, cuando te vi cantarle aquella canción a ella, y solo a ella, me di cuenta. La quieres, Harry. Jamás te había visto tan nervioso ante una mujer, ni te habías equivocado en la letra de una canción. Ella saca una parte de ti que no conocía, pero me gusta. Por eso hablé con ella antes que tú supieras nada. Y le comenté tu idea de que se viniera con nosotros. ¿Me crees, ahora?

—Te creo —le digo abrazándolo. Ya sé...ya sé que soy un mariconazo, pero joder, quiero a este hombre.

—Por favor, Juan, dime donde está Lara, o me veré obligado a llamar a la policía —le espeta Taylor, tranquilamente—. Conociéndote seguro que la tienes encerrada en algún lugar.

Inconscientemente he cerrado los puños y puedo decir que estoy dispuesto a todo. Voy directo hasta el señor Monroe, pero la manaza de

Taylor me lo impide. Juan me mira divertido, cínicamente con media sonrisa.

—Juro que...—empiezo a amenazarlo cuando por fin suelta donde está.

Miro a mí alrededor antes de salir corriendo. Matilda me mira con una enorme sonrisa en la boca y me alienta a que vaya a buscar a Lara lo antes posible. Los pies casi no me responden cuando ya he subido tres tramos de escalera, pero mis ganas por tenerla frente a mí me insuflan energía. Por el pasillo empiezo a gritar su nombre porque no se en que habitación está. Me callo un momento para poder oír de donde viene su voz.

—¡¡Lara, estoy aquí, dime dónde estás!! —chillo.

—En la 203, Harry. —Escucho a mi espalda.

Noto en su voz como llora desesperada. Intento abrir la puerta con la llave que hay colgada en el pomo, pero no abre. Ya sabía yo que esto tenía truco.

—Lara, la llave no abre —le informo—, apártate de la puerta, por favor.

—Está bien. —Solloza alejándose de la puerta.

Cojo impulso y con el pie abro la puerta de una patada. Lara está sentada en el suelo, con los ojos hinchados de llorar y con los hombros subiéndole y bajando del llanto. Me agacho para levantarla y estrecharla contra mi pecho. Joder, no me había dado cuenta de cómo la necesito hasta ahora.

—Creí que te marcharías sin mí. —Llora abrazada a mi cuello.

—Jamás lo hubiese hecho sin antes mirarte a la cara, Lara. ¡¡Joder, no vuelvas a separarte de mí jamás, ¿me oyes?!!

—Nunca. —Solloza en mi cuello.

Le aparto el pelo de la cara y le sujeto la cara por las mejillas, atrayendo su boca a la mía. Le doy un suave beso, pero ella no se conforma solo con eso, sino que me atrae más a su cuerpo y me mete la lengua desesperada. Joder, se me ha puesto dura con tan solo sentir la punta de su lengua en mis labios.

—Harry, bésame, por favor — me pide metiendo sus manos por debajo de mi camiseta.

Sus palabras son órdenes para mí. La cojo en brazos a horcajadas y pego su espalda contra la puerta. Le muerdo la barbilla y luego bajo por su cuello hasta su escote. Le arranco la camiseta y el sujetador y me lanzo a sus pechos, que muerdo y lamo con gusto.

—Dios, Lara, ¿acaso sabes lo que haces conmigo?

Le muerdo el pezón izquierdo demasiado fuerte, lo he notado, pero ella en vez de quejarse, me tira del pelo para besarme y morderme los labios. Joder...es una jodida diosa. Levanto su falda hasta la cintura y meto dos de mis dedos a través de las braguitas en su interior. Está empapada, Dios. No sé porque hago esta guarrada, pero me pone más duro aun. Saco los dedos y se los meto en la boca para que sienta su sabor, para que sepa cómo me sabe a mí la boca cuando la chupo. La polla me da una sacudida cuando los lame mirándome a los ojos con una sonrisilla tímida. Joder...soy capaz de correrme así, sin llegar a metérsela.

—Harry —susurra en mi oído y ya sé que quiere.

Me deshago de su bragas y me bajo los pantalones y los calzoncillos lo más rápido que puedo, con la otra mano la sujeto a mi cintura. No creo que aguante mucho más así y decido tumbarla en el suelo. Me coloco entre sus piernas, abriéndole los muslos con mis rodillas, dejándola totalmente expuesta a mi ojos, que casi se salen de las orbitas cuando veo lo mojada que está. Me arrebujo entre sus piernas, me sujeto la polla y se la meto hasta el fondo sin previo aviso. Lara arquea la espalda y suelta un gemido de puro placer.

—Estoy en la puta locura —ronroneo con mis dientes mordiendo su barbilla.

—Más —pide sin aliento.

Aumento la velocidad casi llegando al puto éxtasis.

—Me muero dentro de ti, Lara, joder. ¿Dónde cojones has estado toda mi puta vida?

—Esperándote — susurra con una sonrisa y yo me fundo dentro de ella.

Muevo mis caderas una y otra vez, arrancando sonidos de la garganta de Lara que me llenan de puro placer. Ella tira de mi pelo, y joder, como me gusta que me haga eso. Todos los vellos del cuerpo se me ponen de punta cuando lo hace.

—Joder, Lara —gruño. En un destello de cordura me acuerdo que si no nos vamos ya, perderemos el avión.

—¿Qué pasa? — ronronea debajo de mí.

—Pasa que si no acabamos ya...perderemos el avión.

Lara abre los ojos de par en par y dejándome totalmente loco, se parte de risa mordiendo el labio inferior.

—¿Te diviertes, pequeña?

—Sí, si te vieras la cara. —Mientras lo dice se sigue partiendo de risa.

Con una mezcla de enfado y de diversión por sus palabras la embisto con ganas y me muevo más rápido, consiguiendo así que deje de reír y que en su lugar grite de gusto.

Lara

Mi madre y Matilda me abrazan, estrujan y besan como si no hubiera un mañana. Y es que en realidad, mañana ya no estaré aquí para darle a Matilda los buenos días o darle un abrazo a mi madre a la hora de comer.

Harry y yo al final viajamos solos con uno de sus guardaespaldas. Perdimos el avión con nuestra muestra de cariño, por así decirlo. Todos se fueron ayer y nosotros hemos tenido que esperar al próximo vuelo hacia Los Ángeles. Por otra parte, mi tío no ha dado señales de vida desde ayer. Mi madre dice que está profundamente avergonzado y arrepentido. Pero yo sé que no es verdad, que lo que está es enfurecido por no haberse salido con la suya.

Harry y yo nos despedimos con las manos cuando un taxi nos recoge en la puerta del hotel. Puedo ver como mi madre llora y abraza a Matilda, que también es un mar de lágrimas. Les chillo por la ventanilla que cuando llegue las llamo y les tiro besos al aire. Harry me posa la mano en el muslo y me lo aprieta cariñosamente cuando se da cuenta que también estoy llorando desconsoladamente.

—Nena, aun puedes...

—Shh, cállate. Ni lo digas.

—Entonces, dime porque lloras, Lara. —Su voz se rasga un poco cuando pronuncia mi nombre.

—Lloro porque dejo atrás mi hogar, Harry. Dejo atrás lo que siempre conocí, lo que fui. Dejo atrás a mi madre. Y lo hago porque es lo que quiero, lo que deseo. Porque no ansío otra cosa que estar a tu lado, recostarme en tu pecho por las noches y que me despiertes por las mañanas con el roce de tu pelo sobre mi piel. Solo quiero estar contigo, Harry. Porque ahora mismo mi piscina está llena a rebosar y tú eres el flotador más bonito que jamás he tenido.

Harry me mira intensamente y une sus labios a los míos sin besarme. Susurrándome en ellos unas palabras.

—Te quiero, Lara. Todo esto para mi es...ya sabes, nuevo. Pero tú

haces que todo sea más fácil, más familiar y peculiar a la vez. Estoy ansioso por mostrarte el que ahora es mi mundo y quiero que formes parte de él como si siempre hubiera sido el tuyo. Quiero que te sientas cómoda a mi lado, con mis chicos; que son como hermanos para mí. Quiero protegerte, que ellos te protejan como a una más. Te prometo todo eso, Lara. Y, si alguna vez, ves que te me escapas de las manos, házmelo saber o dame un bofetón para que abra los ojos. ¿Entendido?

—Entendido. — Le sonrío y le doy un largo beso. Saboreado sus jugosos labios.

No puedo creer lo que estoy escuchando mientras beso a Harry. La canción “Perfect” de “One Direction” sale por los altavoces del taxi. Es la canción con la que hicieron un cover el primer día que lo conocí y que casi me canto a mí y solo a mí en el escenario. Nos miramos y me sonrío con su espectacular sonrisa.

—Perfecto para ti, nena —me susurra al oído.

—Perfecta para ti, Harry. ¿Comenzamos?

Epílogo

Casi diecisiete horas de vuelo han hecho mella en mí, en mi cuerpo y mi cerebro. Aunque hemos descansado un rato cuando llegamos al hotel, no ha sido suficiente. Tanto Harry como yo estamos cansadísimos. Pero esta noche hay concierto y estamos preparándonos para una gran noche. Yo me he vestido primero y ahora estoy ayudando a Harry a vestirse. Pantalones de pitillo negros, botas plateadas (si he dicho bien: plateadas) y camisa negra con su apellido bordado en la parte superior izquierda en blanco. Todo un caballero oscuro...si no fuera por esas horribles botas.

Voy subida en un impresionante Hummer negro de camino al concierto. Voy acompañada por Taylor y algunos hombres de seguridad. No puedo ir en el mismo coche de los chicos. Los periodistas y paparazzis harían demasiadas preguntas y especularían demasiado sobre quién soy yo. Aunque Harry no tenga la más mínima intención en ocultarme, preferimos esto.

Por las ventanillas del Hummer miro totalmente ensimismada las calles, las aceras y las casas de Pasadena. Siempre había soñado con pasear por estas calles cuando veía de pequeña y no tan pequeña, películas americanas rodadas aquí. Sus colores, sus formas y su olor no se parecen a nada de lo que haya visto en Madrid. Hace calor, pero es un calor agradable y el sol pega de manera tan diferente, que siento la necesidad de sacar la cabeza por la ventana y que sus rayos acaricien mi piel. Oigo como Taylor y los demás muchachos de seguridad ríen ante mi típica imagen de película. Pero me da igual, siempre soñé con hacerlo, y ahora, lo estoy haciendo. Gracias a Harry voy cumpliendo sueños que jamás pensé que podrían verse realizados. Es todo tan perfecto que me asusta. Me asusta que todo esto solo sea un espejismo, que todo haya sido un sueño y que no haya sido real. Pero me convenzo de que si lo es y que me está pasando a mí. Quien me lo hubiera dicho hace un mes: que me iba a enamorar de un chico de veintidós años,

perteneciente a una Boy band para adolescentes y que me iba a fugar y dejarlo todo atrás para irme detrás de su hermoso pelo y sus ojos verdes, de gira por todo el mundo. Si me lo hubieran dicho, hubiera pensado que todo eso sería una locura sin sentido y que jamás dejaría atrás mi vida, monótona, pero mía.

—¿Estas contenta?—me pregunta Taylor tirándome de mi blusa para que vuelva a meter la cabeza en el interior del coche.

—Estoy más que eso, Taylor. Estoy tan feliz que creo que me falta hasta el aire.

—Jamás habías salido de Madrid, ¿verdad?

—Nunca. Nunca tuve la oportunidad. Tenía que estar en el hotel las veinticuatro horas. Así que...

—Te conformaste —termina de decir.

—Justo eso. Me conforme. Soy bastante conformista, ¿sabes? Creo que mi tío me inculcó ese sentimiento desde pequeña. Tenía miedo que aspirase a más y los abandonara a él y a mi madre.

—Eso fue muy egoísta por su parte. Jamás se debería de cortar las alas a un pájaro. Y a ti te las cortó. Pero, gracias a Dios que mi muchacho apareció e hizo que te volvieran a crecer. Pero esta vez más grandes y hermosas.

—Se lo agradeceré toda mi vida. —Sonrío.

—¿Sabes una cosa, Lara? Una de las tantas veces que me hospedé en el hotel de tu tío te vi correr por los pasillos cuando eras pequeña. Matilda me comentó que eras la sobrina de Juan e intenté hablar contigo. Me acerqué a ti y te pregunté tu nombre. Apenas sabías ni pronunciarlo y me dijiste que te llamabas Ara. Después de ese primer encuentro seguí viendo como ibas creciendo cuando mi trabajo me llevaba a Madrid de nuevo. Eras simpática, dicharachera y preciosa. Y, no sé porque...pensé que algún día trabajarías para mí. No me preguntes que me hizo pensar eso, porque no tengo respuesta. Pero así lo hice. Lo que jamás pude intuir es que te enamorarías de uno de mis muchachos y que él lo haría de ti con toda su alma. Por eso te pido que tengas paciencia y seas lista. Es joven y alocado, pero no por ello menos consecuente. La edad es solo un número, Lara. Te advierto desde ya, que el mundo que lo rodea es duro y peligroso. El jamás ha perdido la cabeza por nada ni nadie. Siempre se ha mantenido con los pies en el suelo, pero no todo el mundo es como él. Hay gente mala, dañina y envidiosa. Y en cuanto sepan que significas para él, intentaran dañarlo a él contigo y a ti con él. Se lista,

cauta y protégete de todo lo que creas que puede hacerte daño. Y no dudes en pedirme ayuda. ¿Entendido?

—Me estás asustando. ¿Por qué iban a querer hacerle daño cuando sepan lo nuestro?

—Ay, muchacha inocente. Harry ha roto muchos corazones y no todas lo han superado. Solo te digo que confíes en él, ¿vale?

—Ya confío en él, Taylor. Ahora mismo es el pilar que me sujeta.

—Pues sigue haciéndolo, querida. Una cosita más: cuando te pregunten quien eres, diles que eres mi ayudante. Ya está.

Cuando me apeo del coche ya es de noche. Una enorme alfombra se yergue a mi pies. Ay, Dios mío, ya no hay vuelta atrás. Un millón de flashes me ciegan por un momento antes de que Taylor se coloque delante de mí. Caminamos rápido hacia el interior del recinto. Taylor, yo y los chicos de seguridad nos dirigimos hacia la zona de camerinos. Ya estamos a salvo de cámaras, periodistas y miradas indiscretas. Ahora respiro tranquila.

Unos brazos que me abrazan por detrás me sobresalta. Doy un pequeño respingo y me giro velozmente para ver de quien se trata. Los labios de Harry se topan con los míos.

—Te he echado de menos en el coche —me susurra.

—Taylor no quería que...

—Shh, lo sé. Por ahora, es mejor así.

Me da la vuelta despacio, acariciando con su nariz mi cuello mientras inhala en él.

—Hueles...tan bien, nena. Ven, tenemos unos minutos para estar solos antes de que tenga que irme.

Me coge de la mano y me conduce por un largo pasillos con muchas puertas. En cada una de ellas hay carteles con los nombres de quien actuarán esta noche aquí. Vamos cogidos de la mano con los dedos entrelazados y sonriendo a todo el mundo que pasa. Me gusta que no me esconda y que se sienta orgulloso de tenerme a su lado. Saludamos a todos con sonrisas y movimientos de cabeza. Casi hemos llegado al camerino de Harry cuando una puerta se abre y sale de su interior una chica rubia con el pelo corto, de ojos celestes, delgada y muy guapa. Sus ojos se fijan en mí antes que en Harry. Noto como su mandíbula se tensa y acto seguido le lanza una mirada furibunda a Harry. La cara de esta chica me suena de haberla visto en la tele, pero ahora mismo no caigo en su nombre. Harry la saluda con la cabeza y puedo notar la tensión que se ha adueñado de su cuerpo por el agarre de su

mano.

—¿No piensas darme un beso? —le pregunta la chica ignorándome por completo.

La chica se acerca a él y apoya una mano en su hombro y se empina para darle un beso en la cara, o mejor dicho en la comisura de sus labios. Harry se aparta rápidamente y me pone a mí delante de él cómo parapeto.

—Hola, Meylor —escupe toscamente—. ¿Cómo estás?

—Ahora, no muy bien —contesta descarada, mirándome con desprecio.

Harry se apresura a que este ¿Incomodo? encuentro no dure más de lo necesario.

—Tenemos un poco de prisa. Nos vemos.

—¿No me la vas a presentar? — le pregunta con una voz melosa, que no me gusta ni un pelo.

—Sí, claro. Ella es, Lara Owen, mi... —duda unos segundos— novia.

Asiento con una sonrisa de oreja a oreja cuando me da un beso en la coronilla.

—¿Desde hace mucho? ¿No es un poco mayor para ti?— pregunta visiblemente cabreada. No puede ocultar su enfado ni en la voz ni en la forma de mirarme.

—No creo que eso te importe, Meylor. Ahora, tenemos que irnos — espeta

Cuando ya casi hemos nos hemos girado para irnos me agarra del brazo y me atrae hacia ella. Es mal alta que yo y mis ojos le llegan a la barbilla.

—Se cansará rápido de ti, te dirá que no tiene tiempo suficiente y que lo intentareis, pero luego te dirá adiós. ¿No es así, Harry? —escupe con rabia, mirándolo ahora a él.

—No sigas, Meylor. Déjanos en paz, por favor.

Harry tira de mí y me conduce por el pasillo alejándome de ella. Dejándola en mitad del pasillo con las manos en las caderas y una sonrisa maliciosa en sus labios.

—¿Quién era esa chica, Harry? ¿Porque me ha dicho eso? ¿Acaso tú y ella...?

—Es Meylor Twistt. Solo estuve con ella un tiempo...nada más. No tienes de que preocuparte, nena.

Me coge ambas mejillas con sus manos, me apoya contra la puerta de su camerino y me besa, intentado que olvide lo que ha pasado segundos atrás.

Cierro los ojos un instante mientras Harry baja sus manos por mis caderas y me aprieta contra las suyas. Dándome un pequeño empujoncito con ellas. Jadeo al sentirlo tan cerca, pero cuando abro los ojos me encuentro que ella aún nos está mirando, pero ahora la sonrisa de su cara se ha cambiado por una mueca. Asiente con la cabeza y se marcha. Y, presiento, que este gesto de Harry de posesión hacia mí, nos traerá problemas. Por lo menos a mí.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?, que solo tengo ojos para ti —me susurra en la boca.

Asiento con la cabeza y por primera vez, lo beso con inseguridad, celos y miedo. Nuestro viaje no ha hecho más que empezar...

Contacto

eliarranz@gmail.com

Table of Contents

[Perfecto para ti](#)

[Elisabet Arranz](#)

[\(Sin título\)](#)

[El principio de todo](#)

[Epílogo](#)

[Contacto](#)